



EDICIONES  
BISTAGNE



# HORIZONTES NUEVOS

CARMEN GUERRERO  
JORGE LEWIS



HORIZONTES NIEVOS

---

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

---

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18871 - BARCELONA

## Horizontes nuevos

Maravillosa producción de arte que presenta de un modo  
insuperable la gloriosa epopeya de los conquistadores  
del Oeste americano

Dirigida por el eminente director  
**DAVE HOWARD**

Es un film FOX totalmente hablado en español

/

Distribuida por

**HISPANO FOXFILMS, S. A. E.**

Valencia, 280

**BARCELONA**



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

*Guerra*  
CARMEN NAVARRO y JORGE LEWIS

entre otros notables artistas



# HORIZONTES NUEVOS

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

*A los heroicos conquistadores del Occidente norteamericano, en cuya hazaña gloriosa, los valientes colonizadores hispanos tomaron parte tan activa, dedicamos respetuosamente esta obra.*

Nos hallamos en los Estados Unidos el año 1836. En aquella época sólo una pequeña parte del territorio (las costas del Atlántico) podía considerarse poblada. El resto, especialmente todo el Oeste del río Misisipi, era un inmenso desierto.

Desde los primeros tiempos, el hombre ha encaminado sus pasos hacia Occidente, en busca de cam-

pos fértiles, ricos en pastos y caza, donde la promesa de un futuro bienestar le decidiera a levantar sus hogares.

Y así, hace menos de un siglo, la inquietud y el impulso hacia la vida errante, se habían apoderado del espíritu de las gentes del Nuevo Mundo. Misioneros y cazadores difundieron sugestivas historias sobre maravillosos terrenos que habían encontrado allá a incalculable distancia, al otro lado de infernales desiertos y abruptas cordilleras de montañas. Tal era la región Noroeste; inexplorada, exenta de civilización.

Por aquella época, grupos de hombres y mujeres de todas las na-

ciones, de férrea voluntad y espíritu aventurero, se reunieron en las riberas del Misisipi para emprender la ruta hacia el Oeste.

Viejos y jóvenes e incrédulos; la espuma y la escoria del crisol de una vieja nación, dispuestos a afrontar los peligros del encuentro

con las fieras de las selvas y los no menos fieros salvajes picles-rojas; el fuego abrasador del desierto y la zarpa mortífera en las borrascas de nieve. Así eran aquellos bravos colonizadores que se reunieron en el poblado de San Luis, punto inicial de esta gloriosa histórica aventura.

\* \* \*

Todos los que iban a correr la gran aventura, la inmensa hazaña de atravesar de Este a Oeste el territorio de los Estados Unidos, países casi inexplorados donde el piel roja se consideraba un semidiós y los peligros de una naturaleza brava surgían a cada momento, esperaban con profunda ansiedad poder comenzar cuanto antes la jornada.

En las orillas del Misisipi se aglomeraban las grandes carretas, tiradas por seis u ocho caballos y cubiertas por toldos al estilo de las viejas tartanas españolas, pero de dimensiones mucho mayores.

Atraídas por la necesidad, aquellas pobres gentes se disponían a efectuar un viaje de millares de ki-

lómetros. La vida era ingrata en los territorios del Este y marchaban hacia California como a la conquista de un nuevo Dorado. Esta era una tierra fértil y bella de la que contaban maravillas los escasos viajeros que se atrevieron a visitarla, a dar el gran salto por el desierto.

Entre los futuros colonizadores figuraba un buen número de españoles dirigidos por un tal Oreña, hombre rudo y noble que iba acompañado de su familia.

—¿Por qué no salimos ya? —decía Oreña—. Todo está ya preparado y estamos perdiendo un tiempo precioso.

—No se apure, amigo —le dijo otro compañero que se hallaba arre-



glando un carro—. Pronto marcharemos.

—¿Pero adónde vamos? — preguntó la señora Orefia.

—Esto lo están discutiendo allá abajo.

—Padre, ¿no le nombraron a usted jefe de la expedición?—dijo su hija—. Pues usted dirá adónde hemos de ir.

—Yo sólo represento a los emigrantes españoles, hija mía. Y aquí hay familias de cada uno de los Estados de la Unión y de cada país del mundo.

—Pero no vamos a estar aquí aguardando toda la vida.

—¡Claro que no! La gente se está reuniendo ya. Hay que esperar a que vengan todos. Voy a ver lo que pasa.

Y dirigióse hacia otro grupo que hallábase conversando animadamente.

Entre los que allí estaban, figuraba un tal Tomás, un viejo animoso y socarrón, eterno viajero infatigable que a pesar de su edad se veía con ánimos para emprender la gran jornada.

De pronto apareció montado a caballo un muchacho moreno, simpático, la mirada relampagueante, la actitud noble y leal. Llevaba al hombro su fusil y colgaban de la

montura de su caballo varias pieles de zorros.

—¡Hola, Raúl Colman! — dijo Tomás alegremente.

El nombre de Raúl Colman era bien conocido en la comarca. Decir Colman era decir lealtad, energía, desinterés, defensa de todas las causas nobles, paladín esforzado de la justicia y del débil.

Raúl era cazador y realizaba buenos negocios vendiendo pieles.

Su brazo estaba siempre dispuesto a ayudar al caído, a defender al pobre. Llevaba en la cintura un cuchillo, una especie de daga, y era fama en la región su puntería extraordinaria, su incomparable habilidad de tirador.

—¡Hola, Tomás! ¿Cómo te va? — contestó el recién venido.

—No mal del todo. Y tú, ¿qué es de tu vida? ¿Dónde te metes? Hace cerca de un año que no se te ve el pelo. ¿Por dónde andas escondido?

—Lejos de aquí... Allá en los montes... Acabo de llegar.

Uno de los colonizadores dijo en voz baja a Orefia:

—Ese es Raúl Colman. El conoce esos terrenos y puede informarnos.

—Voy a hablarle.

Y acercándose a Raúl le dijo:

—¡Amigo! ¿Dónde podríamos

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

encontrar buenos terrenos para acampar y levantar nuestras viviendas?

—¡Muy lejos, muy lejos! ¡No hay poco trecho hasta llegar allá! El camino que ustedes habrán de seguir no baja de 2.500 millas...

—No hay lugar demasiado lejos cuando allí está lo que uno quiere —respondió el jefe de los emigrantes españoles—. Descamos tierras fértiles que podamos cultivar, donde no haya demasiada gente. ¿Hay ya muchas personas viviendo en aquellos lugares?

—No, aquel es un país indio —informó Raúl—. Sólo algunos cazadores blancos pasan por allá y no hay más que una factoría en toda la región. Pero allí hay de todo lo que el corazón de un hombre puede desear. Dos cordilleras de montañas, un gran valle... lagos y arroyos por todas partes... Caza y pesca. Un enjambre de salmones en aquellos ríos.

Todos le escuchaban con atención como si vieran ya en lontananza la visión de un nuevo Paraíso.

Uno de los que le oían, le propuso:

—Amigo Raúl, ¿no querría usted encaminarnos hacia donde está ese valle?

—Lo haría con gusto, pero mi camino es distinto. Tengo un asunto de importancia que atender.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó Oreña.

—Soy cazador de pieles.

—Entonces, ¿por qué no viene con nosotros? ¿No dice usted que hay caza en ese sitio?

—Y mucha, pero yo tengo que cazar un par de zorros que andan por ahí.

Y dió a sus palabras una entonación extraña.

—¡Y adiós, amigos! —añadió—. Buena suerte en vuestra expedición.

—Pero, ¿cómo vamos a encontrar ese valle? —preguntó Oreña.

—No lejos de aquí está el negociante Carson que envía por primera vez un convoy hasta la misma factoría de Garner... Siganlo y si ellos llegan, encontrarán ustedes su valle... Y saluden aquella gran montaña blanca de mi parte. ¡Adiós a todos! ¡Adiós, Tomás!

—¡Adiós, muchacho!

Desapareció el brioso jinete y los futuros colonizadores acordaron dirigirse a Carson para formar parte de su convoy. De esta manera tendrían un guía importante y podrían llegar sin muchas dificultades a la tierra prometida.

...

Un viejo barco iba a atracar a la orilla del Misisipi, cerca del sitio donde Carson tenía su campamento.

Los exploradores españoles y los de los otros países se habían reunido ya con Carson y se sometían al mando de éste para la gran expedición.

En el barco venían nuevos emigrantes que, llevados por el vaivén de la vida, iban a intentar también la aventura de recorrer, metidos en simples carretas, una extensión inexplorada.

Mientras se realizaban las operaciones de amarre, los pasajeros se hallaban sobre cubierta contemplando el panorama fértil y rico del Misisipi.

Entre los viajeros figuraba Isabel, una hermosa joven de veinte primaveras, que iba acompañada de sus dos hermanos, Daniel y Rosita.

Daniel era un mozalbete de unos diez y ocho años, pletórico de op-

timismo y confianza en el porvenir. Rosita no tendría más allá de dos lustros.

Huérfanos, aquellos muchachos iban como tantos otros a las regiones del Oeste con el ansia de encontrar en ellas elementos de vida, de trabajo, que su país, pobre y rebotante de población, no podía ya dar.

Un fraile, alto y seco como un san Francisco de Asís, un fraile español humilde y bondadoso que iba a formar parte de la expedición en calidad de director espiritual, acercóse a Isabel y le dijo con su ternura franciscana:

—Bien, señorita Prados, vamos a desembarcar dentro de unos minutos.

—¿Estoy tan emocionada, padre, de pensar en esa aventura!

—Pero, hija mía, no es sitio aquel para una muchacha. Aun está usted a tiempo de reflexionar y volverse.

—¿Volver? ¿A qué?—respondió



con melancolía—. Después de morir mi padre, tuvimos que vender nuestra casa para pagar las deudas. Con lo que nos quedó, podremos comenzar de nuevo donde vayamos.

—Hija mía. Usted no conoce el país como yo le conozco. El camino que hemos de seguir, cruza desiertos de penosa travesía y lugares habitados sólo por salvajes pieles rojas.

—Sin embargo, usted va allí, a predicarles la santa palabra de Dios.

—Sí, y a guiar espiritualmente a nuestros hermanos.

—Pues yo también tengo una misión que cumplir en la vida, ahora que falta mi padre. Atender a mis hermanos y procurar que nunca tengamos que separarnos.

—¡Qué buena es usted, Isabel! ¡Dios la bendiga!

Alejóse el buen fraile José, y otro pasajero se acercó a la muchacha.

Era hombre como de unos treinta años que vestía con cierta elegancia y hablaba con altivez desdeñosa. Su mirada tenía a veces un brillo poco simpático.

—Señorita, ¿persiste usted aún en unirse a esa expedición? —le preguntó.

—Estoy completamente decidida, señor Martín.

—¡Qué lástima! ¡Si usted hubiera querido! Yo ya le he hablado de mis plantaciones de Luisiana donde podía haber encontrado usted cómoda ocupación.

—No puede ser. Ya sabe usted que mi resolución es irrevocable.

—Señorita Prados, mis tierras y los servidores míos son de usted, si con todo ello me acepta usted también — agregó con apasionada expresión.

Ella sonrió ligeramente contrariada. ¿Por qué insistía aquel hombre en un amor absurdo?

—Muchas gracias, pero como ya le he dicho, es completamente imposible. Adiós, señor Martín.

Y marchó a otra parte de la cubierta en compañía de sus hermanas, deseosa de alejarse cuanto antes de aquel pretendiente.

Sin saber por qué, experimentaba cierto temor ante ese hombre, al que sólo conocía del barco. Le pareció que aquella mirada burlesca, aquella expresión enigmática, aquellos alardes de intensa braveza, ocultaban un temperamento poco bondadoso.

—Daniel, creo que voy a ir a buscar al señor Carson, el traficante de pieles, de quien nos habló el capitán. Procuraré que él me recomiende a los jefes de la expedición—dijo a su hermano.

El barco comenzaba a vaciar su cargamento de emigrantes y las carretas y caballos de las mismas, que cada familia se había llevado consigo para la penosa jornada.

Los Prados poseían una de las mejores carretas, donde, al desembarcar, pusieron todo su equipaje.

—Voy a ver a Carson—dijo Isabel a su hermano—. Ten cuidado de la niña hasta que vuelva.

—No tardes, hermanita.

Isabel desapareció entre el gran gentío que ocupaba las orillas, andando penosamente sobre un suelo que las lluvias habían convertido en barrizal.

Entre los emigrantes figuraba un buen hombre llamado Gustavo que iba con su esposa, cuñada y suegra.

—Todo esto es muy bonito, ¿verdad, mamá? —decía a la suegra, una vieja señora que no tenía nada de cordial.

—¡Muy bonito... mucho!—replicó indignada—. ¡Mira qué charcos... qué barrizal! ¿Cómo vamos a pasar por aquí?

—Yo lo arreglaré todo. Ven, mujer, voy a pasarte al otro lado... No quiero que te mojes los pies.

Y cogiendo amorosamente a su esposa, la pasó al otro lado de un gran charco.

Lo mismo hizo con su cuñada Anita que reía viéndose elevada en brazos por el galante e infeliz Gustavo.

—Ana, vamos, vamos, no quiero que te llenes los zapatos de barro... Mira... ya está... ya hemos pasado... Pero no te rías más. Las mujeres os reís por todo... Bien, ya está... Ahora voy a pasar a mamá... a mamá suegra—añadió en voz baja.

Quiso levantar por las pantorrillas a la voluminosa señora, pero ésta de un manotazo le apartó.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo te atreves?

—Pero, mamá... Voy a pasarla en brazos para que no se moje los pies.

—¡Déjame! ¡Yo me las arreglaré sola!

Ella intentó pasar, evitando cuidadosamente el suelo encharcado. Pero la tierra era absorbente y traidora y de pronto la buena mujer perdió el equilibrio y se vió con agua hasta el cuello dentro del barrizal.

—¡Ay... ay!—gemía asustada.

Gustavo se puso las manos a la cabeza y corrió a auxiliar a la pobre mujer que si se descuida termina allí mismo su viaje.



\* \* \*

Isabel se había dirigido a la casa del señor Carson, ticada de pieles, donde se efectuaban las transacciones.

Elisa, la hija del traficante, recibió muy amable a Isabel.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

—Busco al señor Carson. El capitán del vapor me dijo que lo encontraría aquí.

—Mi padre no está en casa ahora... ¿No quiere usted pasar y aguardarle?

—Muchas gracias.

—Pues hágame el favor.

Ella hizo entrar en una salita que había en la trastienda.

—Siéntese un momento que voy a darle una taza de té. Estará usted cansada del viaje y el té estimulará sus fuerzas.

—Es usted muy amable, señorita Carson.

—Vuelvo en seguida.

Elisa se alejó, e Isabel sentóse

tranquilamente en una mecedora, de espaldas a la puerta.

Realmente se sentía un poco fatigada... ¡Qué bien se estaba en el balancín! ¡La esperaban indudablemente días tan penosos en que no tendría otro asiento que las duras banquetas del carro!

Entretanto, frente a la casa, se habían reunido varios expedicionarios que hablaban de la próxima marcha.

Llegó el señor Carson. Orefa estuvo hablando con él, concretando las condiciones mediante las cuales los emigrantes españoles iban a formar parte de la caravana. Todo quedó convenido.

De pronto apareció Raúl Colman con su eterna sonrisa de hombre joven y optimista.

—¡Hola, Raúl!—le dijo Carson golpeándole cariñosamente la espalda.

—¡Hola, amigo! Estás como

siempre. No has cambiado nada en estos últimos años.

—¡Estoy tan joven y hermoso como siempre! Para mí no pasa el tiempo. Mejoro cada vez.

Todos se rieron al escucharle.

—Por cierto, Raúl — añadió el traficante —, que vienes de perilla. Tú eres el hombre que yo necesito... ¿Querías guiar este convoy que mando al otro lado del desierto?

—Me gustaría de veras, pero no puedo.

—Está bien. Si cambias de idea dímelo... Y es una lástima que no te decidas a ello.

—Tengo asuntos inaplazables, Carson... Primero es la obligación que la devoción.

—Ya, ya...

—¿Y cómo está la pequeña Elisa? ¡Hace tantos años que no la he visto!

—¿Pequeña? ¡Eso era antes! ¡Si vieras cómo ha crecido desde que no la ves!

¿Por qué no vas adentro y le das una sorpresa?

—Voy a hacerlo. ¡Eramos tan amigos, casi como hermanos!

Sonriendo entró en la tienda. Elisa había ido a una de las habitaciones posteriores de la casa.

De puntillas, Raúl observó por la

tienda a ver si veía a aquella compañera de infancia.

La puerta que daba a una contigua salita estaba abierta. Raúl vió de espaldas a una joven, sentada en una mecedora.

¡Debía ser Elisa!

Avanzó hacia ella y sonriendo, inclinándose sobre su cabeza, la dió un decidido y fuerte beso en los labios.

Isabel, que era la muchacha que allí esperaba, dió un grito, se levantó y contempló con espanto al galanteador.

—¡Oh! ¿Pero cómo se atreve usted? ¡Oh, oh!

Y asombrada, sobrecogida por la inesperada caricia de aquel desconocido, echó a correr, mientras con la mano se enjugaba los labios húmedos aun por el beso.

Raúl dióse cuenta de la enorme equivocación cometida. Había besado a otra mujer, creyendo hacerlo a Elisa.

—Señorita... yo... yo...

Pero Isabel, creyendo que corría gran peligro en aquella casa, salió precipitadamente a la calle, gimiendo palabras incoherentes, rojas de indignación por la ofensa.

—¡No se disguste! — insistía Raúl, siguiendo sus pasos —. Verá usted lo que sucedió... ¡Por Dios, no se vaya! ¡Aguarde! ¡Escúche-

me usted!... Creí que se trataba de Elisa.

—¿Elisa?—preguntó, recordando el nombre de la hija de Carso.

—Sí, quería darle una sorpresa.

—Una sorpresa, ¿eh?

Y convencida de que aquel joven la había besado con toda intención, quiso proseguir su camino.

—Espere, señorita... Deje que pueda justificarme. Verá usted cómo fué.

—¡Déjeme ya!

En aquel instante apareció Martín, quien, contemplando a Isabel que daba muestras de gran excitación y que parecía querer librarse de su acompañante, le preguntó con vivo interés:

—¿Qué sucede, Isabel? ¡Está usted pálida!

—¡Oh! No es nada, señor Martín... De veras...—dijo no queriendo que el suceso tuviera mayores resonancias.

—Pero algo le sucedió a usted sin duda. ¡No me lo niegue!—agregó Martín contemplando con desprecio a Raúl.

—No fué nada. Una ocurrencia inoportuna.

—Atienda-me ustedes. Voy a explicarlo todo—indicó Raúl dispuesto a sincerarse de aquel penoso incidente.

—No hay explicaciones que valgan—dijo Isabel.

—Pues voy a explicarlo de todos modos.

—Creo que está usted molestando a esta señorita—gritó Martín.

—¿Cree usted?

—Así lo pienso...

—Lo que usted piensa no me importa—añadió Raúl con altanería, —pero si me importa mucho, señorita, que usted me perdone y no dude de que lo ocurrido fué una equivocación muy lamentable.

—Oiga, joven... Le exijo a usted una explicación respecto a la señorita Prados. Creo que la ha ofendido usted... y yo soy su defensor—manifestó Martín.

—Con usted nada tengo que ver ni decirle una palabra.

Martín hizo el ademán de sacar un arma, pero Raúl, más listo aun que él, se puso la mano en el cinto y desenvainó a medias su cuchillo.

Asustada Isabel por el carácter que parecía tomar la disputa, dijo a Martín, ofreciéndole el brazo:

—Señor Martín, ¿quiere usted llevarme con mi hermano?

—Con mucho gusto. Y a usted, joven, le veré después.

—Bien. No le costará demasiado encontrarme.

Le vió alejarse del brazo de Isabel y le envolvió en una mirada



de desafío... Raúl sintió por aquel sujeto una extraña, una profunda aversión... Creía conocer un poco a las gentes y aquel desconocido le inspiraba desconfianza... En cuanto a la joven llamada Isabel, a la que él había ofendido, era realmente una mujer encantadora.

De no haber sido Martín, hubiese conseguido hacerse oír, justificando su conducta.

No quería que la muchacha le guardase rencor... ¡Era tan bonita y sus labios tan frescos y deliciosos!...

Y en medio de la pena que le causaba haberla ofendido, mordíase ahora la boca con picardía, la boca que conservaba aún el perfume dulce de unos labios pulpitantes de vida y juventud.

\* \* \*

Avanzó tranquilamente hacia la casa de Carson.

Tomás, que se hallaba junto a la puerta, le saludó sonriente.

—Te creía ya muy lejos de aquí, muchacho.

—Me retrasé algo... Tiene mucho por estas tierras tan buenos amigos... Pero pronto voy a partir. Es tan bonito todo esto...

—¡Aprovechas bien el tiempo!... ¡Bonita muchacha esa con la que hablabas hace poco!

—Sí, y por cierto que tiene un genecillo... ¿Quién será?

—Una de las que van en la expedición.

—¡Caramba! ¡Estoy pensando que no sería mala idea la de ir con el convoy!

—Aun estás a tiempo. Pero al parecer tienes un rival, un sujeto que te lleva ventaja si mi vista no me engaña — advirtió Tomás aludiendo a Martín a quien había visto alejarse con la joven.

—No hay duda de que la trata con familiaridad... ¿Quién es ese hombre? ¿Le conoces acaso?

Tomás se acarició la blanca barba.

—Estaba pensando dónde he visto yo antes a ese... sujeto... pero no me acuerdo... Sin duda en algún

mal negocio... ¡Carrizos! ¡No me acuerdo!

—A mí me es sumamente anti-pático.

Se acercaron varios exploradores y Tomás les presentó a Raúl.

—Este es el muchacho de quien me habéis oído hablar algunas veces. Un valiente en toda la extensión de la palabra.

Todos se apresuraron a saludarle.

—Muchas veces, Raúl —añadió Tomás—, les he dicho a estos amigos lo bien que manejas el cuchillo.

—Le apuesto una piel de búfalo a que no lo clava en ese poste de ahí, detrás de ti—dijo uno de los hombres a Tomás.

—¡Va la apuesta!—contestó riendo el anciano—. ¡Anda, muchacho! Enséñale quién eres y lo que vales.

El joven cogió los cuchillos que le brindaban los dos hombres y rápidamente con una puntería magnífica los clavó en el madero indicado, ocasionando un fuerte sobresalto a un hombre que estaba distraído junto al poste.

Se oyeron voces de entusiasmo alabando el soberbio golpe de vista del tirador.

—¿Qué os parece? ¡Repuño!—dijo Tomás—. Si le he visto hacer lo mismo más de cien veces... Bueno, Pedro, otra pielecita que me

debes... Gracias, Raúl, ya sabía yo que lo podías hacer.

Y cogiendo afectuosamente del brazo a su amigo, se dirigió con él a un paraje cercano.

—Dime, muchacho—le preguntó de pronto Tomás, creyendo que nadie le escuchaba—. ¿Cómo fué lo del viejo Castro?... Oí decir que los indios lo mataron...

Cerca de allí andaba un hombre, alto y corpulento, con cerrada barba negra, de aspecto siniestro y torvo.

Mordía un pedazo de regaliz y al escuchar las palabras de Tomás, arqueó las hirsutas cejas y pareció prestar gran atención al diálogo.

Entretanto, Raúl había contestado a su viejo amigo:

—No. Los indios eran amigos del viejo Castro. Ellos no fueron.

—¿No?

—Fueron blancos renegados los que lo mataron.

El espía se estremeció.

—¿Pues cómo fué el crimen?—preguntó Tomás.

—El buen José Castro había pasado todo el invierno cazando lobos.

—Sí.

—Debió reunir unos dos mil pesos en pieles.

—Por lo menos.

—Lo acribillaron horriblemente. Parecía cosa de los indios, eso



sí. Las pieles se las llevaron... Pero no, estoy seguro de que no fueron las pieles rojas... ¡Pobre José Castro! Era mi mejor amigo. Fué como un padre para mí.

—Era un gran corazón.

—Si alguna vez descubro a esos asesinos, te aseguro que lo van a pagar caro,

—¡Naturalmente!

El hombre de la negra barba que había estado escuchando con visible contrariedad y atención a los dos amigos, llamó a su lado a un sujeto que también andaba por allí y que había espiado asimismo a Raúl y a Tomás. Era el aludido un individuo escuálido, flacucho, con el rostro prematuramente envejecido por las huellas del alcohol.

—¡López!—le dijo—. ¿Quién es aquel de allá? El que no lleva pelo en la cara.

—¿Aquél? Aquél es Raúl Colman. Maneja bien el cuchillo.

—¿De dónde viene?

—De las montañas. Vive con los indios. Y tira el cuchillo maravillosamente... A veinte pasos le parte a uno el corazón... El mejor tirador de todos estos contornos. Sabe de todo este Colman.

—Sí ¿eh? Puede que algún día aprenda algo más que no sabe.

—Bueno, Flack, ¿vamos a tomarnos un trago?

—¡Varnos!

Y gruñendo marchó con su camarada, arrojando antes al suelo el pedazo de regaliz.

Odiaba a Raúl... y sobre todo a su cuchillo... Aquel cuchillo que a veinte pasos le partía a uno el corazón.

\*\*\*

Raúl acababa de ver a aquellos dos hombres de aspecto intranquilizador que fijaban en él su mirada.

Atraído por una sospecha extraña avanzó hacia el lugar donde ellos habían estado...

Tomás permaneció hablando con unos buenos amigos que acertaron a pasar por allí.

Raúl vió perderse en la lejanía a aquel par de sujetos que parecían espiarle.

Descubrió en el suelo el pedazo de regaliz y lo recogió cuidadosamente.

Aquel descubrimiento le afirmó en su convicción.

—Fueron blancos renegados... y dejaron su marca—dijo como si hablase consigo mismo.

Y de uno de sus bolsillos sacó un papelito en el que estaba guardado otro pedazo de regaliz que él, Raúl, había encontrado en el lugar del crimen, a pocos pasos del cadáver de Castro.

La coincidencia de los dos trocitos le hizo meditar... ¡Era mucha casualidad aquella!...

Una fuerte sospecha heló su alma... Aquellos dos hombres que le habían estado espiando, ¿no serían acaso los asesinos de Castro?

Preocupadísimo volvió junto a Tomás.

Vió pasar a Flack, quien le lanzó una mirada de reojo que Raúl Colman sostuvo con energía.

—Tomás—preguntó una vez el hombrón se hubo alejado—, ¿quién es ese hombre que parece un búfalo?

—Ese es Flack "El Rojo", el hombre que va al frente del convoy de Carson.

—¿Sí? Pues ése no irá al frente de ningún convoy hasta que haya pagado la muerte del viejo Castro.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás seguro, Raúl?

—Tengo todas las pruebas que necesito. Ese canalla dejó allá su marca y aquí también.

Y le mostró los dos pedacitos de regaliz.

Tomás movió la cabeza con extrañeza.

—¡Ten cuidado, muchacho! Antes de acusar a nadie, hay que tener plena seguridad...

—¡La tengo! ¿Y piensas acaso que voy a estarme con los brazos cruzados, cuando?...

—¡Si no digo que él no fuera! La pistola de Flack tiene a su cargo muchas mortajas. Pero te repito que hay que estar seguro. Dale sogá larga y él mismo se ahorrará, ¿comprendes?

—Pierde cuidado. Yo le daré sogá bien larga...

Y Raúl, sonriente, se alejó.

—¡Espera! — le dijo Tomás—, ¿Dónde vas ahora, muchacho?

—Voy a acompañar al convoy.

—¡Bravo! ¡Eso me gusta! No habrá mejor guía que tú.

Raúl dirigióse tranquilamente en dirección a la tienda de Carson.

Este había llegado ya hacia buen rato, y estaba valorando unas pieles. Al ver a Raúl le dijo con afecto:

—¿Qué te trae por aquí?

—He cambiado de parecer. Voy

a guiar ese convoy... si tú mantienes tu ofrecimiento.

—Vaya si lo sostengo. Y lo que haces está muy bien, Raúl... Chócala antes que cambies otra vez de opinión.

Se estrecharon cordialmente las manos.

—¿Tienes ya alguien para cuidar de los carros?—preguntó Raúl.

—Sí. De eso se encarga Flack "El Rojo", una pantera que de un zarpazo quita de en medio al que se desmande.

La faz repulsiva y barbuda de Flack pasó por la imaginación de Raúl.

—Sí, ¿eh?

—Sí, le gustan esos juegos, pero también puede dirigir un convoy. Por cierto que aquí viene ahora.

Entró con su aire decidido y resuelto de hombre que sabe es necesario, el famoso Flack "El Rojo".

Reparó en Raúl y le contempló de soslayo.

—¡Hola, Carson!—dijo simulando no ver al joven—. ¿Lo tienes ya todo listo para la marcha?

—Espero tenerlo todo arreglado hoy. Por supuesto que ustedes se conocen, ¿eh? —dijo señalando a los dos hombres.

—¡No!—respondió Flack con un gruñido.

—¡Creo que no!—dijo Raúl con una sonrisa burlona.

—Pues ése es Flack "El Rojo". Y el joven es Raúl Colman que va a ser el guía del convoy... Y ya sabes, Flack, en las cuestiones con los indios, él decidirá.

La espesa barba de Flack pareció temblar.

—Bien—dijo el hombrón—; pero en la dirección del convoy, ¿quién va a decidir?

—El ya sabe que tú diriges la expedición.

—¡Ah, porque no me gustan abusos!... Y a otra cosa... a otra cosa—añadió con su antipático carraspeo—. ¿También tengo yo que cuidar de los infelices que se unen a la expedición?

—¡Claro! Y cuantos más vayáis, mejor para ellos y para ti, ¿comprendes?—dijo Carson.

—Sí.

—Para el caso de que os asalten los indios...

—¡Bueno, bueno! Explicale bien a éste que yo... yo soy el único jefe.

—Sí, hombre, sí... Ya lo sabe...

—¡Ah... ah!

Y gruñendo como un búfalo salió de la tienda, volviendo a dirigir una mirada venenosa, en que palpitaba el odio, a Raúl.

Y éste no dejó de mirarle hasta que le vio desaparecer.



Entró Daniel Prados, el hermano de Isabel.

—¿El señor Carson?—preguntó.

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Nosotros vamos con su convoy, señor Carson. Mi hermana me envía para que me entere si necesitamos alguna cosa más que llevar.

—Yo estoy ahora muy ocupado, pero... Raúl, ¿quieres tú ayudar a ese joven?

—Con mucho gusto.

—Colman es el guía. El conoce los terrenos que tenéis que cruzar y lo que necesitáis llevar.

—¡Muchas gracias! No le molesto, ¿eh?—dijo Daniel.

—Claro que no. Vamos a dar un vistazo a vuestra carreta. ¿Dónde está?

—Allá con los demás carros. Yo le enseñaré.

Se dirigieron al carro de los Prados, y Raúl volvió a ver a Isabel.

Esta se asustó, pero Daniel presentó a Raúl como guía de la expedición.

Raúl, encantado de volver a hablar con aquella mujercita a la que sin querer había ofendido tan gra-

vemente, le dijo, aprovechando un momento en que Daniel se había alejado llamado por unos camaradas:

—Creo que seremos amigos, señorita... Vuelvo a repetirla lo que ya le dije antes. Que no tuve intención de ofenderla y que al besar a usted, creí hacerlo a Elisa, una amiga mía de la infancia.

—Bueno. No hablemos más del asunto — contestó secamente, pero ya sin sentir por aquel hombre toda la antipatía que le había inspirado a raíz de lo ocurrido.

Daniel, que se había entretenido un poco hablando con los dueños de otras carretas, volvió al lado de Raúl.

Isabel se metió en el interior de la carreta, echando la cortina para que no la viera Raúl.

Este sonrió, moviendo los hombros con indiferencia. Bueno... Era imposible que le durase mucho aquel disgusto. Estaba convencido de que acabarían siendo amigos de verdad.

Y dando el brazo a Daniel le dictó varias instrucciones para que efectuara la marcha con las mayores facilidades posibles.



La cantina estaba llena de hombres que esperaban anhelantes el momento de partir, de emprender la gran cruzada atravesando toda la anchura de los Estados Unidos.

Flack estaba bebiendo unas copas acompañado de López, su inseparable amigo y camarada.

De pronto Flack vio aparecer a Martín y le dijo, con una sonrisita de conejo:

—Si no estoy soñando, tú eres Andrés Martín. Caeí que te habían ahorcado hacía ya tiempo.

—Baja la voz, ¡demonio!... — contestó el aludido.

—No temas. Aquí no nos oye nadie. Hablan todos a la vez. ¿Por qué no te ahorcaron aún, pillastre? Bien lo mereces. ¡Cuidado que tienes robos sobre tu conciencia!

—No me llegó la hora todavía, Flack, aunque a veces parece que se acerca—contestó con cinismo.

—¿Cómo es eso?

—Pues me ofrecieron un lazo al

cuello si no tomo a tiempo el vapor. Y el capitán me prometió otra corbata si pongo el pie en su barco. Es una situación envidiable.

—¿Y qué piensas hacer? Porque si te pescan o descubren estás perdido.

—Yo siempre he podido remontar el vuelo y no me asusto.

—Sí, parece que tú has nacido para estrellarte.

Entró Raúl, quien dirigióse al encuentro de su amigo Tomás que estaba dando buena cuenta de una botella de ron.

Martín, Flack y López contemplaron con implacable hostilidad a aquel hombre a quien ya consideraban como enemigo.

—¡Tomás!—dijo Raúl.

—¿Qué hay, muchacho?

—No bebas más de ese veneno. Vas a quemarte las entrañas.

—Bueno, ya no beberé más, ya que tú lo mandas.

—Vámonos de aquí.



—Hombre... se está tan bien en la cantina...

—¡Anda, vamos!

Viéndole en situación un poco alegre, Raúl se lo cargó al hombro, como un fardo.

—La cabeza para arriba, ¿eh?

—¿Para arriba?—respondió Tomás—. ¡Aguarda!... ¡Aguarda!

Y cogiendo la botella y manteniéndola en posición vertical, salió de la cantina a hombros de su amigo y despedido con alegres risotadas por los camaradas.

Una vez hubieron salido, Flack dijo a Martín con una expresión sombría:

—Oye tú, ¿manejas la pistola como la solías manejar?

—A treinta pasos puedo clavar un clavo—respondió ufano.

—Pues mira, ya que no te puedes ir, ni te puedes quedar, no sería mala idea que vinieras conmigo.

—Eso es ponerse en razón.

—Sí... sí...—gruñó.

—¿Y adónde piensas ir?

—¿Qué importa? Se trata de ir... adónde no hay una sogá preparada para ti, ¿comprendes?

—Bueno, hombre, bueno. Tengo confianza en ti. Sé que no has de traicionarme. Me pongo a tus órdenes.

—¡Gracias, Martín!... Y ya te llegará la hora de actuar. ¿Quieres beber?

—Eso no viene nunca mal.

—¡Pues a beber!

Y sorbieron golosamente dos nuevas copas de licor.

\* \* \*

Horas más tarde todo estaba preparado para salir definitivamente. Las gentes se acomodaron en las carretas, adquiridas las necesarias provisiones, llevando animales de

varias especies. Además, iban también grandes manadas de bueyes, poderoso ganado que iba a pastar en los campos fértiles de California.

Raúl estaba departiendo con unos chiquillos, esperando el momento en que se ordenase la partida.

Con su carácter jovial y alegre, les explicaba cosas de los indios que las criaturas le escuchaban con profunda atención.

—¿Sabéis? Los indios son muy amigos míos. Ellos me enseñaron cómo, enterrándose en la nieve, se salva uno del frío y de la muerte en las tormentas.

—Oye, ¿y por qué no te crecen a ti plumas en la cabeza como a los indios?—preguntó uno de los chiquillos.

—Eso es un secreto de ellos. Pero, bueno, muchachos. Tenemos que marcharnos. Vámonos ya.

Reunióse a un numeroso grupo en el que destacaba la figura severa del padre José.

Oreña alzando su recia voz dijo:

—Compañeros, antes de marchar, el padre va a implorar, para nosotros la protección divina.

Todos se descubrieron, guardando respetuosa actitud y el fraile José, con humilde ademán, habló así:

—¡Oh, Dios Omnipotente, tened misericordia de nosotros y perdonad nuestras culpas!... ¡Ayudadme, Señor! ¡Concededme fuerza y sabiduría para poder guiar a estos vuestros siervos en tan peligrosa y

arriesgada expedición! ¡Que vuestra bendición nos acompañe, Señor!

Su mano bendijo a los exploradores.

—Ahora, cada uno a su puesto, que vamos a salir. ¡A subir a las carretas y en marcha!—dijo Oreña.

Flack había dado ya la orden para que comenzase la salida. Aquel enorme pueblo movilizado empezaba su histórica expedición.

Las mujeres, viejos y niños se acomodaban en las carretas, mientras los hombres jóvenes iban montados a caballo o a pie guiando las grandes manadas de animales.

Chirriaban los ejes de las ruedas, se escuchaban los mil gritos propios de una importante caravana. Sonaban extraños alaridos de perros, canes que parecían resistirse a comenzar una excursión dificultosa.

Gustavo acomodó lo mejor que pudo a su mujer, suegra y cuñada en uno de los carros y él montó en un borriquillo que le derribó en tierra a los pocos instantes, convenciendo al buen hombre que era más seguro hacer la jornada a pie.

—¡Andando! ¡Vamos todos!—decía Flack al frente de la caravana.

Delante iba también Raúl montado en su brioso caballo. Había evolucionado varias veces entre las carretas para convencerse de que

no le había ocurrido nada desagradable a la de Prados.

Isabel contemplaba con cierta benevolencia al muchacho, el guía de la expedición, que procuraba siempre sonreírle y hacerse simpático con su presencia.

La hostilidad de los primeros momentos, causada por aquel beso arrebatado a la fuerza, se había transformado en un sentimiento distinto en el que intervenían aún la confusión y la duda.

¿Habría querido realmente ofenderla Raúl? ¿Le dió expresamente, con toda premeditación y alevosía, aquel beso robado a traición? O por el contrario, ¿podía aceptarse como buena y lógica la explicación que él daba a su conducta?

La llanura se abría ante ellos cubierta de un pelaje de hierba. Algunos árboles se prolongaban enormemente hacia el cielo como centinelas de esa vasta extensión.

El ganado se detenía con frecuencia para buscar pasto abundante con que nutrirse. Las carretas avanzaban con lestitud, ahorrando sus esfuerzos para la gran labor a que tenían que ser sometidas.

Al anocheecer, teniendo al frente unas grandes montañas cubiertas de casquetes de nieve, la caravana hizo un descanso.

Las retinas seguían abarcando

una gran extensión de terreno; a lo lejos el sol agonizaba entre velos de extrañas nubes.

Iban a pasar la noche en pleno descanso y algunos aprovechaban el paro para bailar, para divertirse, porque sabían lo que les venía y querían olvidar; y otros porque, felices, lo ignoraban.

Danzaron bailes típicos del país, una especie de ruedas formadas por la amistad y la simpatía.

Bailaron después una especie de pavana e Isabel tuvo por pareja a Raúl.

No se atrevió a rechazar al bravo mozo y bailó con los ojos bajos y el semblante enrojecido por el cansancio o la emoción. Seguía en su alma femenina la eterna lucha. Ignoraba aún si Raúl se burlaba de ella o le demostraba un afecto y un arrepentimiento sinceros.

—Bailamos juntos muy bien, ¿no le parece, Isabel?—preguntó el joven.

—Sí... sí...

Había acabado una danza y se preparaban para la siguiente.

Flack había estado contemplando a la pareja y llamando a su lado a Martín, le dijo:

—Ahora es la ocasión, muchacho, anda y quitasela.

—Voy a hacerlo. Gracias por el consejo.



Se dirigió con paso bravucón hacia ellos y poniéndose ante Raúl, apartólo de la muchacha con brusquedad, y dijo a ésta:

—¿Quiere bailar el próximo, Isabel?

—Con mucho gusto, señor Martín—respondió la joven mirando a hurtadillas y con cierta satisfacción a Raúl como si hubiera encontrado sabrosa ocasión de venganza.

Raúl no quería armar pendenencias por el momento y se apartó de ellos viendo cómo Martín danzaba con la bella mujer.

Acercóse a Tomás y le dijo sonriente:

—¿Has visto? Martín me quitó la pareja.

—Sí... Y oye, Raúl, ya recuerdo dónde he visto yo antes a ese Martín.

—¿Dónde?

—Acampado en las Riberas, con Flack y López. Son antiguos amigos.

—¿Estás seguro?—preguntó con extraordinario interés.

—Como de la muerte, ¡carriños!... De modo que no le quites la vista de encima, ¿sabes?

—Le vigilaré, no te apures. He venido para realizar una misión y

contra todas las dificultades he de cumplirla.

Entretanto, terminado el baile, Isabel decía a Martín:

—No, gracias, no quiero danzar más. Estoy cansada. Voy a volver a mi carreta.

—Yo la acompañaré.

Ya ante la carreta, Martín se despidió de su amiga, mujer a la que anhelaba hacer suya con el avieso espíritu del hombre estragado que busca la delicia de un nuevo amor.

Había cerrado por completo la noche. Se escuchaba en el inmenso campamento el rasgueo de unas guitarras y el ritmo del acordeón. Una hermosa luna se asomaba entre celajes grises. Oíase lejano el mugir de algún bucy o el aullar de un perro temeroso.

—¡Qué hermosa noche!—dijo Martín con un cómico suspiro—. Y pensar que esta misma luna es la que brilla allá en mis plantaciones en Luisiana.

Desde el interior de un vecino carro, escuchaba a Martín uno de los expedicionarios, un hombre gordo y socarrón que conocía bien la necia vanidad de aquel sujeto.

Al escuchar lo de las plantacio-

nes, dió un maullido de fuerte sonoridad.

Martín volvióse rápidamente sin adivinar si se trataba de un gato o de un imitador, pero no dando mayor importancia al incidente, prosiguió hablando a la muchacha:

—Todo lo que mis posesiones necesitan es una encantadora mujer que sea allí la reina.

—Algún día la encontrará usted —respondió Isabel con indiferencia.

—¡Ya la he encontrado, Isabel!

La bella señorita Prados parecía estar nerviosa.

—Por favor, señor Martín, como ya le tengo dicho, no puede haber felicidad sin amor. Y yo no quiero todavía a nadie.

—Pero el amor puede venir después.

—¡Miau! —maulló el supuesto gato.

Martín hizo un gesto de impaciencia. De buena gana hubiera cazado a tiros a la insoportable bestia.

—Isabel... yo querría hablarla.

—Estoy cansada, señor Martín... De veras... Dispense que me retire.

—¡Buenas noches entonces!... ¡Hasta mañana!

Martín se alejó lentamente y aun volvió a herir sus oídos el insoponible maullido gatuno.

¡Demonio! ¡Aquello le fastidiaba! Púsose la mano al cinto. Si encontraba al gato no maullaba más.

Y el supuesto micifuz, dentro de su carreta, reventaba de risa viendo la indignación de Martín. Y aun insistió varias veces como si llamase a una gatita:

—¡Miau! ¡Miau!

\* \* \*

Al día siguiente prosiguió la marcha, siempre adelante, atravesando praderas y montañas, hacién-

dose cada vez más difícil y lenta la expedición. Algunos empezaban a sentir los primeros síntomas de



la extenuación. ¡Y apenas habían empezado!

Raúl se acercó a Flack que hablaba con Martín y le dijo:

—Flack, nos hallamos cada vez en terreno más peligroso, de modo que me voy a llegar con el caballo a las tribus de los indios amigos y a escoger allí quien nos sirva de guía.

—Sí, anda listo... que es fácil que pierdas el pellejo por allá—gruñó.

—Te apuesto dos pieles de lobo que traigo la mía de vuelta—contestó remarcando la frase.

—¡Bueno... bueno!...

—¿Cuánto tiempo piensa estar usted fuera, Raúl?—dijo Martín.

—Tres o cuatro días, quizás una semana.

—¿Tan pronto de vuelta? Yo creí que ya no volvería usted más por aquí.

—¿Y por qué creyó usted eso?—repuso con seriedad.

Martín soltó una carcajada.

—Después que le arrebató de sus brazos a la niña de sus pensamientos, creí que se alejaría de aquí para siempre.

López se unió al grupo mirando con desdén al guía.

Raúl contestó amenazador:

—Diga usted, Martín: yo nunca dejo ningún asunto hasta que lo termino.

—Pero en este caso es la muchacha quien le obligó a dejarlo, ¿no?

—¡Evidente!—dijo Flack.

Enfurecido Raúl esgrimió su cuchillo.

—¡Repita usted eso otra vez, señor Martín!

Flack retrocedió asustado y de sus ojos pareció escaparse el color. Tenía un miedo letal a aquel cuchillo. Era su obsesión.

Martín contempló con calma a su rival cruzándose de brazos.

—Ahora sé quién es usted y sé también por qué se alejó de las Riberas—añadió Raúl.

—Bueno. No quiero pendencias. No hay necesidad de pelear entre amigos—dijo Martín.

—¿Amigo yo de usted? Eso es mucho decir... Y escuchadme los tres lo que voy a deciros: Yo no soy amigo vuestro.

Guardóse el arma al cinto y alejóse lentamente, convencido de que un día u otro acabaría desenmascarándolos.

—¡Te acobardó, gallina!—dijo Flack a Martín.

—Pues qué, ¿qué querías que hiciese? Sólo a un idiota se le ocurre pelcar cuando el contrario le tiene puesto a uno un puñal en el pecho.

—¡Buena excusa!

—Y tú le tienes más miedo que yo... Cuando dijo "pieles de lobos" se te quedó mirando y te quedaste como si te hubieran dado una puñalada. Flack, tú también tienes mucho que ocultar. Yo pude cometer muchos robos, pero tú, no estás exento de culpas.

Flack pareció estremecerse.

—Bueno, ¿y qué pasa? ¿Qué?

—¡Oh! Nada, pero ahora comienzo a comprender por qué no te gusta a ti ese Colman.

Raúl se había acercado entretanto a la carreta de Isabel. Esta recibió con una sonrisa más agradable que el día anterior al guía. Parecía que la presencia de Raúl borraba de su alma el mal rato pasado durante la noche última con Martín.

—¡Tengo que darle buenas noticias, Isabel!—dijo Raúl.

—¿De qué?

—Me marcho por algún tiempo

—dijo con amarga sonrisa—. Voy por ahí a explorar.

—¿Y a eso llama usted buenas noticias?

—¿Por qué no? Usted al menos así debe creerlo.

—¡Oh, no, Raúl!... Usted se engaña... Pero dígame, ¿hay peligro en esos salvajes parajes que va a visitar?

—No, apenas... A mí me gustan... Y, además, aquello es tan hermoso... Hay pinos enormes que llegan al cielo y fuentes por todas partes... Pero lo que me gusta más allí son las noches, tendido en el bosque bajo un manto de estrellas con aquella luna brillante y hermosa que parece que le guarda a uno como una madre guarda a su hijo... Algunas veces me paso horas y horas bajo un árbol, oyendo cantar aquellos pájaros y correr el agua. El ruido del viento sobre los árboles parece que viene de un órgano... ¡Oh, cómo me gusta aquel sitio! Pero creo que esta vez voy a estar muy triste... ¿Sabe? Uno se puede acostumbrar a ver una persona querida, y luego cuando no se ve a esa persona, se la echa de menos.

Isabel bajó los ojos.

—Por esto yo, creo que esta vez voy a encontrarme muy solo.

Pero... pensaré en usted... ¡Adiós, señorita!

Y besándole ligeramente la mano, desapareció rápidamente, dejando a Isabel confusa y melancólica.

¡Con qué sinceridad había hablado aquel hombre! ¿Estaría verdaderamente enamorado de ella? Y ella, Dios mío, ¿acaso no experimentaba también un sentimiento igual en su corazón?

Vió marchar a caballo a Raúl y oyó como Tomás le decía:

—¡Adiós, amigo!... ¡Y ten cuidado no pierdas el pellejo!

Alarmada, temiendo por la vida de aquel hombre, llamó a Tomás.

—¿Sabe usted dónde va Raúl?— preguntó.

—A los campos de los indios.

—¿Están muy lejos?

—Unas noventa o cien millas.

—¿Y hay peligro?

—Es fácil que pierda el pellejo antes de llegar. Pero una vez allá, está salvo. No se preocupe por él, señorita.

—¿Y por qué me voy a preocupar?—respondió picada, temerosa de que adivinasen la causa de su interés.

—No sé, no sé—respondió burlesco el viejo—. Pero me parecía como si tal vez se preocupase.

—Nada de eso. El no es nada mío.

—¡Oh, no... no... por supuesto! ¡Buena, adiós, Isabel!

—¡Buenas tardes, Tomás!

Marchó el anciano riendo burlesco, e Isabel, contra su propia voluntad sintió que le daba un vuelco el corazón cada vez que pensaba en el peligro que pudiera correr Raúl.

\*\*\*

Transcurrieron días... El Oriente quedaba atrás... La caravana avanzaba con mayor dificultad.

Eran días de agotamiento, de

constante peligro para aquella sufrida expedición en su penosa marcha hacia Occidente.

Atravesaban ahora grandes ex-



tensiones de bosques y enormes praderas ricas en vegetación.

Muchas veces era preciso talar árboles para dear el paso franco.

Raúl había vuelto con varios pieles rojas, amigos suyos que, concedores de los vericuetos del terreno, les iban a guiar por aquellos intrincados parajes.

Flack, que iba sentado en su carreta, vió a Raúl y le dijo carraspeando como de costumbre:

—Volviste al fin, ¿eh?

—Sí... Y hay señales de búfalos por aquí... Voy a ver si recojo alguna carne fresca.

—¡Buen viaje!

—Nos veremos en el cruce del río.

Marchó Raúl con unos indios para ir en persecución de aquellos animales de carne sabrosa y fuerte.

Flack llamó a grandes voces a Martín y a López.

—¡Eh, López, Martín! Vosotros habéis estado aguardando una ocasión, ¿verdad? Pues, aquí la tenéis... Andad y cazad un búfalo.

—¿Yo? Yo he matado ya muchos. ¿Por qué voy a ir?—dijo López.

—¡Quitate las telarañas de la ca-

beza, idiota!—dijo Flack señalando a lo lejos a Raúl.

—Quiere decir, López, que cazarémos otra pieza mayor—advirtió Martín.

—Entendido.

—Seguidle hasta que se separe de los indios y después tiradle por la espalda—aconsejó Flack.

—Eso déjalo de nuestra cuenta.

Y los dos hombres marcharon a caballo en persecución de Raúl que galopaba tras una partida de búfalos, internándose por el bosque mientras sus acompañantes indios tomaban por otro sendero.

Martín y López bajaron de sus monturas y ocultándose detrás de un corpulento árbol esperaron a que Raúl se pusiese a su alcance.

Martín era buen tirador y empuñó dos pistolas... Cuando vió pasar por el bosque cercano a Raúl, con firme pulso y magnífica seguridad disparó contra él, y al instante, Raúl y su caballo cayeron a tierra.

—¡Ya ha caído!—dijo Martín con una sonrisa de triunfo.

—Te felicito, Martín. Dónde pones el ojo, pones la bala.

—Es mi especialidad.

Se estrecharon las manos y re-

gresaron rápidamente al campamento, contentos del éxito de la jornada. Ya no les molestaría más aquel antipático guía.

Nuevas jornadas... nuevos esfuerzos...

La caravana había llegado a las márgenes de un río, de gran cauce y rápida corriente.

Había que atravesarlo en toda su anchura para proseguir el camino hacia el Occidente. Iban a comenzar ahora los verdaderos y dramáticos momentos de la expedición.

Flack dió un grito:

—¡Eh, colonos! ¡Aquí, venid todos! ¡Oreña!

—Ya voy—dijo el jefe de los capañoles, presentándose en compañía de otros amigos—. ¿Qué hay?

—Vamos a atravesar el río. Yo cuidaré de los caballos y del ganado. Cada uno de vosotros que pase como pueda.

—Está bien.

—Pues a no perder tiempo.

Oreña fué a dar las órdenes oportunas.

Aparocieron Martín y López con una sonrisilla traidora en el semblante.

—¿Y qué?—preguntó Flack.

—La cacería fué un éxito. Recogimos nuestro búfalo.

—¡Buen trabajo, muchachos! ¡Bravo!

—¡Es el mejor tirador que he visto!—dijo López.

—Bien... bien... Y ahora, no perdamos tiempo... Hay que atravesar el río.

Los más audaces fueron los primeros en cruzarlo. Centenares de cabezas de ganado nadaban en esa corriente impetuosa luchando por ir a la orilla opuesta y siendo muchas de ellas arrastradas hacia el Sur por la fuerza del agua.

Las primeras carretas entraron en el agua. Sus tiros de cuatro o seis caballos vacilaban en el suelo duro y pedregoso del río, mientras los carros, como barcas, se balanceaban próximos a dar la vuelta.

Horrorizados, los viejos, mujeres y niños que había dentro, se abrazaban estrechamente, creyendo no poder salir del atolladero.

Algunos carros dieron la vuelta completa y otros, desenganchados de sus tiros, se fueron velozmente corriente abajo, tragados por las aguas con avidéz.

A punto estuvieron muchos de los expedicionarios de ahogarse en

el penoso paso. Rivalizaron los hombres en arrojo y heroísmo, salvando de la corriente, con peligro de sus propias vidas, a los que naufragaban.

Fueron varias las carretas perdidas e importantes los equipajes que arrastró la corriente. Muchas bestias murieron también y se veía flotar sobre el río sus lomos inanimados.

Pero la mayor parte del averiado convoy tras varias horas de incesante lucha con el agua consiguió ganar la orilla opuesta... Y la caravana, a una orden de Flack, se detuvo para reparar y recuperar fuerzas.

Era un momento de descanso que todos aprovecharon bien, mientras aun seguían cruzando las aguas las rezagadas carretas, las gentes timidas que sólo hasta el último momento no se atrevieron a pasar.

Las madres amamantaban ahora a sus hijos que lloraban tristemente como si comprendiesen el trágico peligro...

Tras el gigantesco esfuerzo realizado parecía triunfar la maternidad con un ansia de vida y de continuación.

Las gatas alimentaban a su pro-

le, los perros a la suya, y cada una de las diferentes especies rendía culto al hambre voraz tras la expedición difícil en que se habían agotado las fuerzas.

Muchos exploradores bebían y comían con intenso apetito, mientras los que habían perdido su carreta al atravesar el río, rechazaban todo alimento llorando tristemente al verse en la miseria, al sentir la necesidad de pedir un puesto en algún otro carro o continuar a pie las largas jornadas que esperaban todavía.

López ayudaba a quitar a Flack las grandes botas de montar empapadas de agua.

Martín se llegó a ellos y dijo:

—Veo, Flack, que te diste un buen baño. Yo, en cambio, no me mojé.

—Tú eres hombre de suerte...

Luego, sonriente, añadió:

—Oye, ahora que te quitaste de en medio a Raúl Colman, ¿qué piensas hacer con la muchacha?

—Creo que voy a regresar con ella a mis plantaciones.

El gruñido peculiar de Flack se hizo más voluminoso.

—¡Tus... tus... plantaciones! López, éste habla tanto de sus planta-





—Ea usted muy amable, señorita Carson.



—¿Y cómo está la pequeña Ellen?



— ¿Poden José Castro?



— ¿Quién es aquel de allá?



Duñel presentó a Radi como guía de la expedición.



...contemplaron los indios la hostilidad a aquel hombre...





— ¿masejas la pistola como la aulica maurice?



— Competeros, antes de marchar, el padre va a implorar por nosotros la protección divina.



*Divulgaron los bombres en arroyo y herolamo...*



*Isabel admira cada vez más a Raúl...*



... Comenzaron penosa y lentamente.



... pero también estaba seco.



— Tómame la explicó todo.



— ¡Aguarde un momento, Flack! — le gritó.



En el valle se estaba formando una ciudad nueva.



— La tengo guardado un regalito...

ciones que ha acabado por creérselo.

—¿Cómo? ¿Que el señor Martín no tiene plantaciones?—preguntó López.

—¿Qué val! Todo lo que tú tienes en el mundo, Martín, es una buraja sucia en el bolsillo... y con trampa.

Y Martín, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Entretanto, los últimos carros cruzaban el río.

Todavía no lo había hecho el de los Prados. Isabel y sus hermanas decidieron a pasar.

—Bueno, yo creo que ahora podemos cruzar.

—Sí, Daniel.

Isabel parecía triste. En su alma había el recuerdo de aquel Raúl Colman que no volvía... ¿Habría perecido? Y esto, sin saber por qué, le causaba tanto escalofrío como la idea de tener que cruzar el río.

De prouto vieron aparecer a Raúl, sonriente, alegre, sin muestras alguna de cansancio y llevando encima la montura del caballo y varias pieles y caza fresca.

—¡Hombre!—dijo Daniel, sonriente—. Estábamos pensando qué

habría sido de ti... Pero, ¿dónde tienes el caballo?

—Trobezó en un barranco y se despeñó. Por poco yo tampoco lo cuento—añadió con su peculiar sonrisa.

—¿Se hizo usted daño?—preguntó Isabel, que parecía muy alegre.

—No, pero me salvé de milagro... Bueno, voy a poner esto en su carro y ayudarles a pasar.

—¡Gracias, Raúl!—contestó la joven bajando los ojos.

Raúl subió al carro, tomó las riendas de los seis caballos y guió hacia el río.

Con pulso firme y seguro supo llevar sin riesgo, evitando las fuertes corrientes, el carro a través del agua.

Desde la otra orilla, Martín se fijó en ellos.

—¡Caramba!—dijo a Flack—. Allí está el carro de los Prados. Voy a saludar a mi preciosa.

—A tu preciosa, ¿eh?... Pues López y yo vamos a saludar a nuestra preciosa... cantimplora.

Y la apuró rápidamente haciendo un gruñido sordo al tragar el fuerte ron.



\*\*\*

Estaban llegando ya a la orilla opuesta.

—Toma tú las riendas, Daniel—dijo Raúl—. Ya no hay mucha agua.

—¡Dámel!

—Y gracias por todo, Raúl—dijo Isabel que había estado mirándole con una ternura no muy difícil de explicar.

—Es mi deber... Ayudar a cuantos lo necesitan—contestó Raúl satisfecho—. Voy a ver ahora en qué estado se encuentra mi montura.

Y dirigióse a la parte posterior del carro para examinar los arreos que había quitado al caballo muerto por el disparo de un traidor.

—¡Arre... capitana!... ¡Vamos... ¡Arre!—decía Daniel.

El carro llegó al fin. Apenas acababan de arribar, apareció Martín con su sonrisa vanidosa.

—Venía a ayudarles—exclamó.

—Muchas gracias. Ya nos ayudaron—respondió Isabel, fríamente.

—¿Quién les ayudó?

López se había acercado también a ellos.

En aquel momento Raúl saltó del carro apareciendo ante todos y mirando a los dos cómplices con una alegre sonrisa.

Martín palideció... López no pudo evitar un grito y retroceder unos pasos como si se encontrase ante una aparición.

—¿Qué te pasa, López? ¿Crees que soy un fantasma?—dijo Raúl.

—¿Quién? ¿Yo? ¡No!... ¡No!

También se había acercado Flack que miraba con indignación a sus cómplices. ¡Idiotas! ¿Por qué no lo habían acertado?

Raúl les contempló con desprecio y dijo:

—Ya os veré después a los tres

para arreglar cuentas... A cada puerco le llega su San Martín, no lo olvide, señor... Martín...

Daniel continuó guiando el carro hasta dejarlo en la misma hilera de los demás.

Tomás corrió a abrazar a Raúl a quien ya tenía por muerto o poco menos.

—¡Hola, muchacho!

—¿Qué tal, Tomás?

—Bien... pero, ¿qué es eso? ¿Qué te pasó? ¿Por qué tardaste en volver?

—El caballo se despenó.

Y miró la montura que tenía entre las manos. Tomás fijóse en un agujero que había en ella del tamaño de una bala.

—Sí, ¿eh? ¿Y quién le hizo ese agujero a la montura?

Raúl se echó a reír.

Acercósele un indio y en extraña jerga, acompañada de grandes gestos, le dijo algo. El contestó de la misma manera.

Luego volviendo a mirar a Tomás le dijo:

—Haz memoria, Tomás, ¿quién salió del campamento después de irme yo?

—López y Martín y regresaron de noche.

—Perfectamente.

—Pero, ¿qué pasó?

—¡Nada... nada!...

Y mirando a los tres cómplices del crimen, avanzó lentamente hacia ellos.

Flack decía mientras tanto a Martín:

—¡Bien... bien! ¡Buena la has hecho tú!

—Nada de eso—dijo Martín—. Pienso que a doscientos metros de distancia y corriendo, es un tiro difícil... Además, otra ocasión se presentará.

—No digas tonterías. Ahí viene ahora, ahí viene.

Raúl, siempre sonriente, dijo:

—Flack, los indios están haciendo señales con hogueras hace días.

—Sí, ya lo he visto.

—Pues voy a explorar esos alrededores.

Y quedó contemplando con fijez a los tres hombres malos.

—Anda, vete, ¿quién te dice que no?—le indicó Flack.

—Nadie, pero tú debías decirle a Martín y a López que no salieran de aquí.

Tomás hubíase acercado también y les escuchaba en silencio.

\*\*\*

Estaban llegando ya a la orilla opuesta.

—Toma tú las riendas, Daniel—dijo Raúl—. Ya no hay mucha agua.

—¡Daniel!

—Y gracias por todo, Raúl—dijo Isabel que había estado mirándole con una ternura no muy difícil de explicar.

—Es mi deber... Ayudar a cuantos lo necesiten—contestó Raúl satisfecho—. Voy a ver ahora en qué estado se encuentra mi montura.

Y dirigióse a la parte posterior del carro para examinar los arcos que había quitado al caballo muerto por el disparo de un traidor.

—¡Arre... capitana!... ¡Vamos... ¡Arre!—decía Daniel.

El carro llegó al fin. Apenas acababan de arribar, apareció Martín con su sonrisa vanidosa.

—Venía a ayudarles—exclamó.

—Muchas gracias. Ya nos ayudaron—respondió Isabel, fríamente.

—¿Quién les ayudó?

López se había acercado también a ellos.

En aquel momento Raúl saltó del carro apareciendo ante todos y mirando a los dos cómplices con una alegre sonrisa.

Martín palideció... López no pudo evitar un grito y retroceder unos pasos como si se encontrase ante una aparición.

—¿Qué te pasa, López? ¿Crees que soy un fantasma?—dijo Raúl.

—¿Quién? ¿Yo? ¡No!... ¡No!

También se había acercado Flack que miraba con indignación a sus cómplices. ¡Idiotas! ¿Por qué no le habían acertado?

Raúl les contempló con desprecio y dijo:

—Ya os veré después a los tres



para arreglar cuentas... A cada puerco le llega al San Martín, no lo olvide, señor... Martín...

Daniel continuó guiando el carro hasta dejarlo en la misma hilera de los demás.

Tomás corrió a abrazar a Raúl a quien ya tenía por muerto o poco menos.

—¡Hola, muchacho!

—¿Qué tal, Tomás?

—Bien... pero, ¿qué es eso? ¿Qué te pasó? ¿Por qué tardaste en volver?

—El caballo se despenó.

Y miró la montura que tenía entre las manos. Tomás fijóse en un agujero que había en ella del tamaño de una bala.

—Sí, ¿eh? ¿Y quién le hizo ese agujero a la montura?

Raúl se echó a reír.

Acercósele un indio y en extraña jerga, acompañada de grandes gestos, le dijo algo. El contestó de la misma manera.

Luego volviendo a mirar a Tomás le dijo:

—Haz memoria, Tomás, ¿quién salió del campamento después de urne yo?

—López y Martín y regresaron de noche.

—Perfectamente.

—Pero, ¿qué pasó?

—¡Nada... nada!...

Y mirando a los tres cómplices del crimen, avanzó lentamente hacia ellos.

Flack decía mientras tanto a Martín:

—¡Bien... bien! ¡Buena la has hecho tú!

—Nada de eso—dijo Martín—. Piensa que a doscientos metros de distancia y corriendo, es un tiro difícil... Además, otra ocasión se presentará.

—No digas tonterías. Ahí viene ahora, ahí viene.

Raúl, siempre sonriente, dijo:

—Flack, los indios están haciendo señales con hogueras hace días.

—Sí, ya lo he visto.

—Pues voy a explorar esos alrededores.

Y quedó contemplando con fijeza a los tres hombres malos.

—Anda, vete, ¿quién te dice que no?—le indicó Flack.

—Nadie, pero tú debías decirle a Martín y a López que no salieran de aquí.

Tomás habíase acercado también y les escuchaba en silencio.

—¿Y por qué?—dijo Flack.

—No sé, presiento que si alguno de ellos sale, no volverá más.

—¿Y qué quieres dar a entender con ello?

—Lo que he dicho.

Un piel roja se acercó a Raúl y le dijo en su idioma:

—¡Los Cheyennes vienen!

—¡Sí! ¡Los indios! ¡Ya los tenemos aquí!—tradujo Raúl.

Se produjo una gran confusión. Los hombres, al anuncio de la llegada de aquellos enojados, corrían y se aprestaban a la defensa.

—¡Cada uno a su puesto!—ordenó Flack.

Y como viese aparecer allá en la lejanía una nube de jinetes, Flack prosiguió:

—López... Dispara un tiro.

—¡No!—gritó Raúl.

—¿Y por qué no? ¿Es que quieres dejarte matar?

—Los indios vienen hacia aquí. Quieren conferenciar—indicó Raúl.

—Me parece a mí que lo que quieren es lucha.

—Pelearán si disparamos un tiro... Voy yo a hablar con ellos... Que nadie haga nada sin mi aviso.

Ante la estupefacción de los exploradores, Raúl avanzó hacia los

indios que se habían detenido a lo lejos, con excepción de uno de ellos que haciendo zig zag con su caballo avanzaba al encuentro de Raúl.

Isabel miraba con espanto a los indios y admiraba a Raúl que una vez más demostraba su valentía incomparable.

—Pero, ¿qué hace el caballo indio?—preguntó ella al padre José.

—Está haciendo zig zag y eso quiere decir que quiere conferenciar.

—¿Pasará algo?

—Los indios suelen atacar primero y después discuten. Al parecer temen que acampemos aquí.

Raúl y el jefe indio conferenciaron. Avanzaron tres indios más, y Raúl mandó a Oreña y Tomás que se acercaran a él.

El jefe indio deseaba que no acampasen allí por demasiado tiempo.

Raúl les contestó satisfactoriamente. Desde luego, no acamparían en su territorio. Su destino era seguir lejos, muy lejos de allí.

Satisfechos con aquellas explicaciones, los pieles rojas volvieron grupas y se alejaron.

Raúl regresó al lado de los suyos.

—No hay peligro alguno—dijo—. Podemos estar aquí el tiempo que queramos... Ahora que probablemente traerán aquí a sus familias... De modo que dadles de comer y tratadles bien y no habrá nada que lamentar.

No se había equivocado Raúl... Llegaron las familias indias y los blancos les entregaron alimentos... Isabel fué muy buena con ellos,

acariciando a los niños, teniendo para todos tiernos gestos de cordialidad.

Y sin amenaza ni contratiempo alguno, pudieron seguir su interminable ruta hacia la tierra de promisión.

Isabel admiraba cada vez más a Raúl... Este iba adquiriendo ante ella categoría de héroe... Y el héroe es siempre el favorito del amor.

\*\*\*

Las dificultades se acentuaban. La ruta seguía siendo accidentada y cruel... Pero les guiaba una tenaz y férrea determinación.

Habían llegado ante un inmenso barranco por el que era preciso descender para ir al valle opuesto.

La tierra comenzaba a ser desoladora y triste. A lo lejos se vislumbraban enormes extensiones de montañas nevadas.

El precipicio era muy empinado y hondo y parecía cortado a pico. Por medio de sogas, de recias cuerdas atadas a los troncos de los árboles, comenzaron a descender penosa y lentamente.

Las carretas eran bajadas también por medio de cuerdas, pero muchas se despeñaban cayendo con poderoso estrépito, convertidas en astillas y provocando lágrimas en



sus dueños, que veían perdidos sus únicos bienes.

Los animales gruñían al verse en el vacío, presintiendo el peligro y sintiendo el horror que inspira la muerte a todo ser humano. *v. v. v. v. v.*

Las mujeres temblaban, agarradas a las cuerdas o apoyadas en los brazos varoniles y rezando jaculatorias en demanda de protección.

Los hombres hacían advertencias cariñosas para que nadie perdiese el equilibrio... Y así como algo fantástico, el precipicio se veía cuajado de figuras humanas que como extraños insectos iban descendiendo en procesión rumorosa.

Raúl había querido encargarse de la familia Prados. Encareció a Daniel que cuidase de la pequeña Rosita y que sobre todo no abandonase la soga. Y él se encargó de Isabel.

—¡No tenga miedo!—dijo a la muchacha—. ¡Cuélguese usted de mí!

La muchacha obedeció.

—¡Agárrese bien! ¡Más fuerte!—decía Raúl sonriendo y sintiendo el dulce lazo de unos brazos de mujer que le ceñían el cuello.

De esta manera fueron descendiendo, salvando las grandes dificultades que ello entrañaba, hasta estar en salvo y en terreno liso y firme.

Isabel le dio las gracias y corrió a abrazar a Rosita que lloraba con el pánico que los niños sienten multiplicado ante cualquier suceso anormal.

—Es un sitio muy peligroso éste—dijo Daniel una vez abajo.

—Sí, pero a mí casi me gustó pasarlo—contestó Raúl lanzando una suave mirada a Isabel.

Pero ésta, como si hubiese comprendido la intención de sus palabras, dijo a su hermano:

—Daniel, vamos a ver si nuestra carreta está ya aquí abajo.

Y marchó con Daniel y Rosita, dejando a Raúl con una sonrisa melancólica. Aquella muchacha parecía ahora rehuir su presencia.

Tomás se acercó a él y le dijo acariciándole los hombros:

—¡Bien, bien, bien!... Al fin he visto a esa muchacha abrazada a ti.

—Sí, pero tan pronto como estuvo en lugar seguro, me quitó los brazos.

—¿Sí?

—Tomás, no le importo nada.

—¡Quién sabe! ¡Cualquiera conoce a las mujeres! Hay que acertar lo que piensan... y cuando crees que estás más acertado, ¡repulso!, estás más equivocado.

Descendían por el barranco los últimos carros. Parecía que iban a despeñarse, apenas sostenidos por las cuerdas.

—De la manera como están bajando algunos de esos carros, me

parece que los van a perder—dijo Tomás.

No tardaron en cumplirse sus augurios. Uno de ellos cayó con inmenso estrépito muy cerca de donde se hallaban.

—¿Eh? ¿Qué te dije?—continuó Tomás—. ¡Vámonos de aquí antes que nos aplasten!

Y del brazo de su amigo se alejó de aquel paraje peligroso mientras las últimas carretas descendían por la bondonada.

...

Nuevas millas, nuevas horas de camino... Atravesaban ahora el desierto, un horno de desesperación que quemaba la carne y conegrecía la esperanza.

Ni un árbol, ni una hierba, ni un manantial. Llanos secos y áridos como la palma de la mano, montañas que jamás conocieron la caricia de la vegetación.

Los expedicionarios estaban extenuados. Se había terminado el agua que llevaban reservada, y algunos, sin poder resistir por más tiempo las penalidades, murieron tendidos en el fondo de las carretas.

Envueltos en mantas eran enterrados en boyos de arena, produciéndose escenas desgarradoras en-

tre los familiares que dejaban para siempre al ser querido.

Sucios, manchados, con las fauces sedientas, parecían soldados de un ejército vencido en trágico éxodo.

Habían creído encontrar agua en una fuente indicada por uno de los guías indios, pero también estaba seca.

—Hace ya tiempo que no tiene agua—dijo el piel roja.

—No hay remedio, amigos. No podemos beber. Esto está seco—indicó Raúl—. Pero ánimo, no podemos tardar en llegar a la otra parte de aquellas montañas donde encontraremos agua y vegetación.

Sus palabras parecieron animar a todos y la caravana, cumplido el penoso deber de dar tierra a los muertos, siguió su ruta, cada vez con mayor desaliento, con más sed, con más desesperanza...

Isabel no se había movido de la carreta en compañía de sus hermanos. También tenía una sed espantosa, pero procuraba no decirlo, para dar aliento a los demás...

Flack, acompañado de López y de Martín, se daba a todos los demonios.

¡Cuánto tardarían en salir de

aquel lugar maldito! Mas por fortuna, al cabo de largo tiempo, cuando ya no podían más, arribaron a una factoría en la que vivían varios hombres y donde pudieron beber y reparar las fuerzas perdidas.

El paisaje era otro, de ógogla, de paz... El agua fué bendecida por todos como el mejor regalo de Dios.

Uno de los hombres de la factoría saludó afectuosamente a Raúl:

—¿Qué vientos te traen por aquí, muchacho?

—Vengo de allá, del río Misisipi. Y algún día sabréis a lo que vengo.

Estuvieron descansando durante varias horas. Pero todos desearon seguir adelante, dar fin a la expedición, poder llegar al extremo Oeste para levantar allí los cimientos de una nueva vida.

Oreña preguntó a Flack:

—Desearíamos todos saber cuánto tiempo vamos a acampar aquí.

—Lo que tardaremos en arreglar el equipo—contestó Flack, bruscamente—. Oreña, dile a tu gente que hay por delante de nosotros como unas quinientas millas de terreno indio y no pocos peligros. Que lo



piensen bien y aun están a tiempo de volverse.

—Todos desean continuar. Aquí no haríamos nada.

—Como queráis. No os quejéis luego de las consecuencias.

Y Oreña se reunió con sus gentes para que preparasen las carretas.

Mientras tanto Martín había ido a hablar con Isabel. Daniel rondaba por allí cerca y de vez en cuando lanzaba violentas miradas a aquel hombre. Le tenía una gran ojeriza.

—Estuve hablando con unos cazadores que vienen del Suroeste y dicen que esa parte que llaman California es el Paraíso—indicó Martín.

—Sí, eso oí yo también—contestó la muchacha.

—¿Por qué no viene conmigo a una tierra así?

—¿Va usted allí?

—Si usted viniera conmigo, sí.

—Pero, ¿y sus plantaciones en Luisiana?—dijo Isabel.

Martín permaneció unos instantes perplejo y luego contestó:

—Bueno... si nos gusta más California, podríamos vender mis propiedades y comprar allí vastas extensiones de terreno.

—Es muy de agradecer que me ofrezca todo eso, pero no puede ser, señor Martín.

Y alejese de aquel hombre, el cual quedose mirándola partir y lamentando no adelantar demasiado en la conquista de aquel corazón femenino, enigmático como la Esfinge.

## IX

Raúl aprovechó aquellas horas de descanso para hablar largamente con Isabel y decirle sentiente

cuánto le interesaba, con qué afán estaba pensando en ella.

Era la primera mujer que logra-

ba cautivarle, ¿entendía?... Nunca supo hasta entonces de amor; su alma de luchador no reparó en sonrisas de mujeres... hasta que vió por vez primera a Isabel... ¿Verdad que le perdonaba cualquier ofensa que de él hubiera podido recibir?

Isabel perdonó con toda amplitud. Los últimos escrúpulos, los últimos jirones de la sospecha, se habían alejado de su corazón, y Raúl ya tenía para ella categoría de enamorado.

Sin haberle dicho aún que le quería, sus ojos lo proclamaban con el dulce imán de su mirar.

Raúl Daniel bendecía una y mil veces haber guiado la caravana. Iba a triunfar de una doble misión de amor y justicia.

Castigaría a Flack y a López, indudables asesinos de Castro, gente malvada y ruin que en diferentes ocasiones había demostrado ya sus instintos de pantera; y castigaría también a Martín, el que disparó contra él y que según le había informado Tomás era un sujeto de tenebroso pasado, perseguido de la justicia, por sus innumerables estafas y robos...

Luego cuando llegasen al Oeste se casaría con Isabel... Estaba con-

vencido de que ella aceptaría definitivamente su amor y se enternecía pensando en un hogar delicioso...

Aquella tarde y en ocasión en que Tomás estaba hablando con Isabel y Daniel, se presentó un indio conduciendo de las riendas unos caballos, y dijo en su idioma:

—Daniel, Ciervo Negro dice que tú y tu hermana les atendisteis tan bien cuando vino a visitaros, que ahora quiere daros todos esos caballos.

Tomás tradujo a Daniel aquella proposición.

—Tomás, se lo agradecemos mucho, pero no podemos quedarnos con ellos—respondió Daniel.

—¿Por qué no?—añadió el viejo—. ¿Carrizos! ¡Ellos tienen cientos de caballos!

—No podemos aceptar...

El indio dijo algo, y Tomás tradujo:

—¡Quiere que le digas dónde los deja, Daniel! ¡Anda y llévalos con los otros tuyos!

Tuvo Daniel que transigir y llevarse los animales, mientras el indio desaparecía haciendo extraños signos cabalísticos.

Uno de los exploradores que con

otros amigos había presenciado el obsequio se echó a reír y dijo a Tomás:

—Tomás, viejo socarrón, a mí no me vengas con cuentos. Ese indio no regala sus caballos. Lo que está haciendo es comprar la muchacha Prados para Raúl Colman.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Vaya, vaya! Conque el amigo Colman se compró una mujer, ¿eh?

—No murmuréis, ¡carrazos!

Isabel había oído el diálogo. Creyó a pies juntillas lo que acababa de escuchar. Le pareció que Raúl para hacerse más simpático a ella le ofrecía aquellos caballos para obligarla tal vez a quererle.

Indignada echó a correr y se detuvo frente a Raúl que estaba arreglando la montura de su caballo.

Mirándole con odio le gritó a boca de jarro:

—¡No le puedo ver! ¡Le odio! ¡Le odio!

—Pero, ¿qué dice usted ahora?

—exclamó Raúl en el colmo de la sorpresa.

Isabel se echó a llorar.

—Por su culpa se están riendo de mí todos.

—¿Por mi culpa? ¡Explíquese usted! ¿Cómo es posible?

—Sí... sí... Ha tratado usted de comprarme como a una india. Me avergonzô delante de todos ellos.

—Pero eso no es verdad.

—¡Sí... sí!... ¡Oh, qué rabia!

Y marchó deshecha en un mar de lágrimas mientras Raúl quedaba sin comprender.

—Tomás tiene razón—se dijo.

*o las mujeres me han  
querido tal entubido*

\*\*\*

Isabel, dominada por una violenta nerviosidad que le hacía meditar poco las cosas, gravemente ofendida por lo que consideraba

intento de baja seducción por parte de Raúl, dirigióse al encuentro de Martín y le dijo:

—¡Oiga, señor Martín! Iré con



usted a California, si está dispuesto a que salgamos en seguida.

—¿En seguida?—exclamó Martín, muy sorprendido y contrariado por aquella rapidez, pues él ignoraba lo que iba a hacer en California donde no tenía bienes ni conocimiento alguno—. ¡Ah, bueno... bueno!...—añadió reaccionando—. Voy a hacer los preparativos inmediatamente.

Y apenas se hubo marchado, Daniel, que había estado escuchando la proposición de su hermana, protestó:

—¡Bouita situación! Este Martín no es todo lo que él dice. Ya lo verá.

—Lo he decidido, Daniel, nos marchamos a California. He averiguado que los caballos que nos han regalado los ha comprado Raúl. Al parecer, con ese regalito quiere ver si logra cautivarne y al propio tiempo se da importancia entre la gente.

—¡No es verdad, no es verdad!—protestó el hermano—. Raúl es incapaz de esto. Los caballos son un regalo de Ciervo Negro.

—De todos modos, me iré a California.

Entretanto Martín se había diri-

gido a ver a Flack que estaba durmiendo en una cabaña sobre un lecho de paja.

—¡Eh, Flack!—le gritó—. ¡Despierta!

—¿Qué? ¿Qué hay?

—¡Oye! ¡Vine para decirte adiós!

—¿Cómo?

—Voy a recoger mi equipaje y aquí te quedas...

—¿Tu equipaje?—dijo Flack, riendo—. Todo lo que tienes es un caballo y dos pistolas.

—¡No! El equipo de los Prados es ahora mío.

—¡Vamos! De modo que te casas con la muchacha, ¿eh?

—Eso cree ella—contestó riendo con cinismo—, pero ya se desengañará cuando lleguemos a California.

—¿California?

—¡Sí! ¡Y adiós, Flack; que te vaya bien el resto del viaje!

—No... no... tú no te vas.

—¿No?

—¿Para qué crees que te traje aquí? ¡Bien te has portado hasta ahora! Un intento, un fracaso.

—Raúl no me estorba a mí ya...

—¡Pues a mí, sí!... El sabe muchas cosas que no conviene se di-

vulguen... y hay que acabar con él.

—Arréglate tú solo.

—Sí... Yo podría pisotearlo, podría partirlo en dos... así...

Y rompió una rama que tenía en las manos.

—¿Y por qué no lo haces?

—Con los puños, con los pies, o aunque fuera con una pistola, no me importa... Pero no quiero. ¡Me espanta su cuchillo!

—Buena, ¿y yo qué tengo que ver en el asunto?

—Tú eres un tirador experto, Martín, tienes que seguir adelante. Si no me ayudas, te denunciaré por tus delitos...

—Calla... calla... Procuraré complacerte.

Entretanto Raúl pasó junto a la puerta de la cabaña y vio a uno de los colonos españoles.

—¡Hola, Enrique!—le dijo alegremente.

—¿Cómo marcha todo eso, Raúl?

—De primera.

—Oye, uno de los guías pieles rojas me dijo que todos los indios del Oeste se han reunido y no quieren dejarnos pasar.

—Sí, a mí me lo dijeron—contestó Raúl.

—Parece que los indios de esta comarca van al Oeste para conferenciar con los Sioux.

—Sí, es casi seguro que los Sioux declaren la guerra más tarde.

—Tendremos entonces lucha, ¿verdad, Raúl?

—Tal vez.

—Por cierto que el viejo Pablo Ramos me preguntó por ti hace un rato.

—¿Pablo? ¿Dónde está?

—Acampado allá en el arroyo.

—Voy a bajar a verlo. Oye, Enrique, ¿quieres ponerme un gatillo nuevo a la escopeta?

—¡Ya lo creo, muchacho!

—Y otro muelle a esta pistola.

Y le entregó el fusil y el arma corta.

—Entretanto voy a ver a Pablo.

—Tendrás listas tus armas cuando regreses.

Raúl marchó para ir a ver a Pablo, uno de los expedicionarios, anciano de muy buen corazón.

El diálogo había sido oído desde el interior de la cabaña por Flack y Martín.

—¡Aquí tienes la oportunidad!—le dijo Flack en voz baja—. Va sin armas.

—La aprovecharé.

Y examinando sus pistolas, salió cautelosamente en seguimiento de Raúl.

Este había descendido por un sendero flanqueado de árboles que conducía al arroyo.

Martín estaba bien situado para disparar contra Raúl... Empuñó la pistola, afinó la puntería... Y en el momento en que iba a tirar, seguro de que esta vez hacía blanco, pues el objetivo era cercano y magnífico, sonó otro disparo y Martín dando un grito y poniéndose las manos en el corazón cayó en tierra sin vida.

Un hombre viejo, de barba blanca, Tomás, colgándose el fusil al hombro, desapareció misteriosamente en la espesura... Sonreía. Ha-

bía acabado con el cuervo...

Oyó el disparo Raúl y sin conocer la causa retrocedió unos pasos, en averiguación de lo ocurrido.

Quedó profundamente sorprendido al ver tendido a Martín, con el pecho destrozado por una bala. ¿Quién podía haberle dado muerte? Muy preocupado, examinó los alrededores sin encontrar a nadie.

Daniel, que había ido también al arroyo, oyó el tiro y vio ahora a Raúl junto al muerto.

Espió y, convencido de que Raúl por celos había dado muerte a su rival, volvió al campamento con una indudable satisfacción en el alma. Celebraba que alguien hubiese dado buena cuenta de aquel hombre por quien sentía tan gran repulsión.

\* \* \*

Tomás, con su alegre y socarrón sonrisa, fué a hablar con Flack y López, y mirando al primero le dijo:

—Oye, Flack, ¿te acuerdas que Raúl Colman dijo que si tú, López o Martín os alejábais de por aquí quizá no volveríais más?



—Sí, ya me acuerdo, ¿y qué?

—No... nada...—añadió con una sonrisita pícarosca—que Martín se alejó... y ya no vuelve más.

Los dos cómplices se estremecieron.

—¿Cómo?

—No... ya no vuelve... Se fué... se fué... a sus plantaciones.

Y siempre riendo, acariciándose la barbilla burlonamente, se alejó dejando estupefactos a Flack y a López.

Mientras tanto Daniel con visible aire de satisfacción había ido a ver a su hermana.

—¡Qué contento estoy!—le dijo—. ¡Ahora no irás con Martín a California!

—¿Y por qué no?—respondió, alterada.

—El y Raúl se encontraron en el arroyo, y Raúl lo mató.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro?

—Oí el tiro y vi a Raúl allí al lado de él... ¡Yo no lo siento!

—¡Qué infame es Raúl! ¡Es capaz hasta de matar!—dijo prorrumpiendo en llanto.

Y sintiendo en el alma el ultraje de aquella muerte, que parecía indicar que Raúl la quería ganar a ella a la fuerza, suprimiendo obs-

táculos y enemigos, la muchacha, casi inconsciente de su acto, llevada de un impulsivo rencor, dirigióse hacia un numeroso grupo de gente que presenciaba el bautizo de un niño que efectuaba el padre José.

Había nacido durante la expedición. La vida, como compensación a las muertes ocurridas, daba un nuevo ser proclamando la santa continuidad del mundo.

—¡Han matado a un hombre... han matado a un hombre!—gritó.

—¿Qué dice usted?

—¿Cómo fué eso?

—¿Quién?

Se alzaban numerosas voces mientras Isabel lloraba con desconsuelo.

Finalmente el padre José preguntó con dulzura:

—¿Pero dónde ha sido eso?... ¿Quién fué?

—Raúl encontró a Martín en el arroyo y le dió muerte.

—¡Oh, eh!

De todos los pechos surgían clamores de indignación.

Era el primer crimen que se registraba durante la expedición y había que castigarlo inmediatamente. Pero muchos no podían creer

que Raúl se hubiese manchado de sangre.

—¡Hija mía!—dijo el padre con bondadoso acento—. Esa es una acusación muy grave. ¿Estás segura?

—Mi hermano lo vió.

Flack, que al conocer la muerte de Martín había sentido como si se le helasen las venas, rugió con ferocidad:

—Compañeros, no podemos consentir que se asesine gente entre nosotros. ¡Mirad, ahora viene Raúl! Este es el hombre que mató a Martín como quien mata a un perro... López, anda, trae una cuerda.

—¡Sí... sí!... ¡A colgarlo!... ¡Una cuerda!—repetían muchos.

López apareció con una soga, e instantes después, llegó con la tranquilidad del hombre justo, Raúl Colman.

Fue recibido con un inmenso alarido de hostilidad. Isabel le contemplaba con un rencor del que tampoco podía escaparse la tristeza... Ahora al verle en gravísimo peligro, casi se arrepintió de la acusación.

—¿Quién me acusa de haber matado a Martín?—preguntó con serenidad.

—La señorita Prados—dijo el padre.

Raúl contempló con tristeza a la que era la luz de su vida.

—¿De modo que quiere usted que me ahorquen?

Ella bajó los ojos. Sentía deseos de llorar. ¿Qué había hecho, Dios mío?

Tomás avanzó hacia el grupo y mirando con insolencia a Flack, le dijo:

—Oye, tú. Este muchacho, Raúl, no pudo haber matado a Martín.

—¿Y por qué no?—gruñó Flack.

—Porque no llevaba armas con él. Dejó su escopeta y su pistola a Enrique el armero para que se las arreglara. Yo mismo lo vi.

—¡Bah! No mientas... Colman y Martín se llevaban mal por cuestión de celos... Los dos querían a esa muchacha... Y, además, no siendo Raúl, ¿quién fue entonces? ¿Quién mató a Martín?—contestó Flack.

—Si tienes tantos deseos de saberle, yo te diré quién fue —añadió Tomás.

—¿Quién?

—¡Yo! ¡Yo mismo maté a ese canalla!—gritó el viejo pegándose fuertes golpes en el pecho.

Hubo un murmullo de sensación.

—¡No!... Raúl es amigo tuyo y lo que tú quieres es salvarle el pellejo—dijo Flack—. ¿Qué podías tener tú contra un hombre como Martín?

Isabel escuchaba ahora con espanto el diálogo. ¡Dios mío! ¡Y ella que había acusado imprudentemente a Raúl!

—¿También quieres saber por qué?—dijo Tomás.

—Sí, también quiero saberlo—rugió Flack.

—Pues te lo voy a decir... No estaba yo lejos cuando Martín vino a verte... a la conversación.

—¿Qué embustes estás diciendo ahora?—gritó Flack.

—No me interrumpas. Y oyeme bien. Cuando un hombre habla de ahorcar, debe estar muy seguro que no va a ser él quien va a adornar la cuerda... colgando como la cola de una piel de lobo de esos que cazaba el viejo Castro.

Una densa palidez cubrió el rostro de Flack. ¡Demonio! ¡Aquel hombre conocía su crimen!

—Hum... yo no tengo nada que ver con Martín... Hum... Ese no es asunto mío—dijo.

—Eso es precisamente lo que yo estaba pensando.

—De todas maneras este Colman no guiará ningún convoy que esté a mi cargo. Le dejo atrás.

Hubo distintos pareceres. Los unos no podían creer culpable a Tomás, los otros defendían a Raúl.

Raúl miró a Flack con desprecio.

—Oye lo que te digo. Flack... Sali con este convoy y seguiré con él hasta el final.

—¿Y quién lo dice?

—Yo te lo estoy diciendo por dos razones: Una es que le dije a Carson que lo haría así... Y la otra, un pequeño asunto personal que tengo que resolver al final del camino. A ver si aciertas lo que es, Flack.

Un nuevo estremecimiento sacudió los nervios del jefe, quien, abriéndose paso, abandonó el grupo en compañía de López.

Tomás explicó su intervención en la muerte de Martín, diciendo que había disparado para evitar el asesinato de Raúl.

El prestigio del viejo Tomás quedó immaculado. Nada se iba a efectuar contra él.



\* \* \*

La gente estaba ya lista para la marcha. Era preciso reemprender con mayores ánimos la jornada interrumpida.

Flack, horrorizado ante las alusiones de Raúl, convencido de que éste estaba enterado de que él y López eran los asesinos de Castro, optó por abandonar rápidamente el convoy, temiendo la venganza del guía.

Envolvió en una manta varias provisiones y paja para tenderse.

—¿Crees tú que ese Tomás sabe lo del viejo Castro?—preguntó López.

—¡Bah! A mí no me importa Tomás... A quien le temo es a Colman... a él y a su cuchillo... Anda... Vamos...

Y pasó por su cuerpo un escalofrío.

—Pero, ¿adónde?

—Lejos... muy lejos... A otra parte; aquí las vamos a pasar negras.

—Pero, ¿y el convoy?

—¡Que se las arreglen ellos, y si se pierden o revientan, ahí me las den todas!

Y adoptando todo género de precauciones, abandonaron, sin ser vistos por nadie, el campamento... Al infierno irían con tal de alejarse de Raúl y de Tomás.

Algo más tarde y cuando ya la expedición se había puesto en marcha, Raúl, que acertó a pasar junto a la carreta de Isabel, fué llamado por ésta, quien con lágrimas en los ojos y un verdadero arrepentimiento en el corazón, le dijo:

—Perdóneme por lo que dije de que usted hubiese matado a Martín... Tomás me lo explicó todo.

Raúl sonrió y acarició tiernamente a la mujer a la que seguía queriendo con toda el alma.

—No se preocupe. Comprendo que a primera vista parecía como si yo fuese el responsable...

—Y no lo es. Su actitud es siempre digna y noble, Raúl... Y mire, ahora me arrepiento de lo que pensé antes... ¿Verdad que usted no compró los caballos?

—¿Los de los indios? ¡No... no!... ¿Pero pudo usted pensar de mí eso, Isabel?

—¡Raúl! ¡Qué bueno es usted!

Unas lágrimas de amor inundaron sus ojos.

Tomás llegóse a ellos dando muestras de gran excitación. Detrás de él iban Oreña y otros hombres.

—¡Raúl! ¡Raúl! ¡Flack y López se marcharon!

—¿Qué?

—Abandonaron el convoy—dijo Oreña—. Dependemos por completo de ti ahora, Raúl.

—¡Ya decía yo!—dijo Raúl—. Esa escapada demuestra que ellos fueron los que mataron a Castro... Pero yo los encontraré y los he de arrastrar hasta la Justicia.

—Pero, Colman, tú no te puedes ir—dijo Oreña.

—¡No se apure, amigo!... Iré con ustedes hasta que divise el valle. Pero después, voy a seguir la pista a esos bandidos... que tienen que dar cuenta ante la Ley de su crimen aunque me cueste la vida.

—Eso es.

—Y ahora voy a guiar a ustedes. El camino desde aquí es muy malo.

Y montando a caballo se puso al frente de la expedición.

Entretanto los indios Sioux, tal como Raúl había temido, se disponían a atacar a la caravana no dejándola pasar por aquellas tierras que consideraban sagradas.

Dando estentórnos gritos, montados a caballo y empujando lanzas adornadas con plumas, se dirigieron como un alud, como una tromba al encuentro de los expedicionarios.

Se encontraban éstos en el centro de una gran llanura y así pudieron ver aparecer claramente a los primeros jinetes indios.

—¿Qué es eso?—dijo Oreña.

—¡Indios! ¡Los indios que llegan!—gritó Raúl—. ¡Pronto! ¡Juntad los carros! ¡Juntadlos en círculo!

Rápidamente se realizó la maniobra. Las numerosas carretas formaron un amplio redondel como la barrera de un circo.

Las mujeres y los niños se ocultaron tras unas barricadas, mientras los hombres ocultos entre las ruedas disparaban contra los indios que entonando cánticos extraños empezaban el ataque del convoy.

La lucha duró cerca de una hora. Pero los blancos animados y dirigidos por Raúl se defendieron maravillosamente, disparando sin cesar contra los pieles rojas que lanzaban contra ellos sus flechas envenenadas.

Su valentía y arrojo impidieron que los indios pudiesen entrar en el campamento. Las mujeres ayudaban generosamente a cuidar a los heridos, a cargar sus flechas para que ni un momento cesase la intensidad del fuego. Isabel acompañada del padre José socorría a los más graves, y el sacerdote prodigaba a los moribundos la absolución.

De pronto, los indios retrocedieron en tropel, abandonando a numerosos de sus hermanos que habían caído en la liza.

—¡No disparad más!—advirtió Raúl—. Se retiran... pero mucho

cuidado. Los conozco bien. Esto es una táctica suya... Es fácil que ataquen otra vez... ¡Miradlos ahora!

Y, efectivamente, no tardaron en aparecer de nuevo, lanzándose a un ataque desesperado, pero sin más éxito que la otra vez... Y considerando invulnerable el campamento, tuvieron que retroceder hacia sus lares, después de dejar sobre el campo de batalla la flor y nata de sus jinetes.

Definitivamente salvos, los expedicionarios deshicieron el círculo, disponiéndose a reemprender la jornada.

Pero ¡ay! también ellos habían sufrido dolorosas pérdidas, pedazos de su alma y de su corazón.

Las flechas envenenadas de los indios habían segado la vida de varias docenas de blancos.

Y allí mismo, en fosas abiertas rápidamente, fueron enterrados los muertos, poniendo sobre el montículo de tierra toscas y amparadoras cruces de madera.

Fué aquel uno de los momentos más penosos de la jornada. Las mujeres sollozaban y algunas se abrazaban a las tumbas negándose a continuar el camino.



—¡Mi padre!

—¡Mi esposo!

Los acentos patéticos desgarraban el corazón. Tomás lloraba también por la pérdida del viejo Pablo que había sido gran amigo suyo...

El buen padre José rezó una oración por las almas de los mártires.

—¡Conceded, Señor, a las almas de nuestros fieles hermanos desaparecidos, el descanso eterno en la mansión de los bienaventurados! ¡Amén!

Era ya hora de partir. Costó mu-

cho trabajo el separar de allí a los seres dolientes...

La expedición volvió a ponerse en marcha. Ahora era caravana de dolor, de lágrimas, en la que todos tomaban parte con la fraternidad de los instantes amargos.

Un perro se acurrucó junto a la tumba de su amo, negándose a marchar de allí, volviendo a aquel sitio cuantas veces le obligaron a caminar. Al fin le dejaron que quedase junto a su dueño muerto... Ejemplo de nobleza y lealtad, allí quedaría hasta morir.

Y la caravana se alejó...

\* \* \*

Siguió la interminable marcha hacia horizontes nuevos, desconocidos... Millas y millas de desesperada travesía... No había caminos, pero la voluntad marcaba los senderos.

Llovía espantosamente; la tierra parecía absorberlo todo impidiendo el avance, atascando las carretas, entorpeciendo todo movimiento.

Gustavo, el buen hombre que viajaba con su mujer, su suegra y su

cañada, tenía que luchar con el temporal y además, con sus familiares, que le culpaban a él de haberse atarado el carro.

Por fortuna, era Gustavo el prototipo del hombre paciente, y soportaba los dos temporales pensando que ya vendrían tiempos mejores.

Raúl fué a ayudar a Daniel y a varios otros expedicionarios que procuraban sacar a flote el cerro.

Por fin consiguieron hacerlo. Isabel no perdía su buen humor a pesar de las grandes dificultades y Raúl tuvo que decirle:

—¡Bien, bien! Me alegro de ver que ni esto la hace perder el ánimo.

—Creo que no pueden sobreverninos ya más dificultades...

—Pronto estaremos en el valle.

Seguían adelante... Y al día siguiente tras una noche de lluvia y de viento se encontraron en nuevos campos en los que ya lucía el sol.

Sólo hombres y mujeres de temple de acero y voluntad de hierro podían luchar con tal denuedo por llegar... más allá... a lo desconocido.

Y aquella tarde, junto a un valle florido que parecía hablar de tiempos de primavera, la expedición detuvo su marcha.

—¡Amigos!—gritó Raúl—. Allí está la montaña blanca, y abajo el valle de que os hablé. Allí podréis emprender vuestras vidas, vuestras ilusiones...

Sucedió a estas palabras un gran clamor de júbilo. La alegría de haber llegado parecía hacerles olvidar las tragedias que habían vivido. Sólo los deudos de los caídos conservaban aún su inalterable tristeza.

Oreña, emocionado, apretó la diestra de Raúl.

—Raúl, has satisfecho nuestras esperanzas... Amigos, compañeros... Demos ahora gracias al Todopoderoso...

Y el buen padre José elevando su humilde mirada al cielo, brillante y claro de sol, habló así en medio del profundo respeto de todos:

—¡Oh, Señor, os damos las gracias por habernos conducido hasta esta tierra de promisión, guiando nuestros pasos en tan larga y penosa jornada! En este valle de paz y de esperanza, levantaremos nuestros hogares y los hijos de nuestros hijos, por siempre, Señor, elevarán a Vos sus oraciones. Amén.

Tras aquella tierna acción de gracias, Raúl se preparó a marchar.

—El camino es franco hacia el

valle—dijo—. Seguid hacia abajo y cuando lleguéis podéis comenzar a levantar vuestras casas.

—¡Guíanos tú!—dijo Oreña.

—No. Tomás os guiará hasta llegar abajo.

—Pero ¿y tú?

—Yo vuelvo atrás.

—¿Quieres decir que nos dejas?

—¡Sí! He venido siguiendo una pista por más de tres millas. Vuelvo atrás a dar con ella otra vez y a no dejarla hasta el fin.

—¡Pues buena suerte, Raúl!

—¡Gracias, Oreña!

—¡Amigos, vamos a seguir!—dijo Oreña.

Todos se despidieron afectuosamente de Raúl a quien tanta gratitud debían...

Tomás se le acercó y le dijo:

—Muchacho, sé a lo que vas, pero tus enemigos son dos, y los dos son peligrosos. Voy a ir contigo.

—No, Tomás. Quédate aquí y cuida de Isabel y de los suyos.

Isabel apareció en aquel instante, llorosa, preocupada... Tomás se sabía de memoria el valor del verbo "no estorbar".

—¡Raúl! ¿Qué dicen? ¿Que se marcha usted?—preguntó, emocionada.

—Sí...

—Dicen que va usted a buscar a Flak y a López.

—A eso es a lo que voy.

—¡No vaya, Raúl, no vaya!—exclamó ardientemente.

—Es un asunto que tengo que terminar, Isabel... No es que guarde yo odio en mi corazón, no. Pero esos dos hombres mataron a mi amigo a sangre fría, y tienen que pagarlo.

—No... no... por ellos no me importa... Tengo miedo por usted... Pueden matarlo... Raúl, no puedo dejarle marchar... no puedo...

—Isabel, he de cumplir mi misión. Pero no llore... Algún día, en alguna parte, volveremos a vernos.

Y emocionado por el llanto de la muchacha que significaba que en aquel corazón fructificaba la divina semilla del amor, la acarició tiernamente y marchó corriendo, deseoso de evitar que sus ojos se humedeciesen por la misma ternura.

Tomás se acercó a la joven.

—¡Vaya, Isabel, no lo tome usted así! ¡No llore!...

—¡Se marchó! ¡Ya no volverá más...!

—Ea... ea... le digo que no se ponga así o me va a hacer llorar a mí también... Todo se arreglará, ya



## LA NOVELA SÉMANAL CINEMATOGRAFICA

verá... Cuando venga la primavera,  
le veremos en el valle otra vez...  
Conozco yo bien a ese muchacho...  
¡Volverá!...

Acarició a Isabel... Ella seguía  
borando... En su corazón flotaba  
también una maravillosa esperanza.  
—¡Volve-á! ¡Volverá!

\*\*\*

Lejos del camino, en plena tempestad de nieve, después de muchas horas de andar, los lobos humanos aullaban la justicia... y un cazador seguía su rastro.

Llevaban varios días perdidos en la inmensidad de los campos inhospitalarios y desiertos. El frío arreciaba. La nieve lo cubría todo.

Flack y López seguían avanzando penosamente, en busca de una factoría o de un caserío donde poder resguardarse.

Pero nieve... siempre nieve... y frío...

López, más débil que su compañero, se sentía agotado.

De pronto cayó.

—No puedo mover las piernas, no me puedo levantar...

Con el brutal egoísmo de la maldad, Flack, prosiguiendo su camino, le dijo:

—Sí, me parece que la vas a entregar.

—¡Pero no te vayas!... ¡No me dejes aquí, Flack... no me dejes!

—¿Crees que voy a estarme a tu lado perdiendo el tiempo?—respondió con el único propósito de salvarse.

La voz del infeliz se hacía más débil, agitada por el miedo.

—¡No te vayas, Flack! ¡Por favor!... ¡Déjame al menos una man-

tal... ¿No ves que me estoy helando?... ¡No te vayas!

—¿Para qué?... ¿De qué te va a servir?—dijo con una carcajada brutal—. Antes de una hora estás más helado que la nieve misma... A mí me puede hacer falta.

Y siguió rápidamente su ruta, deseando perder de vista al desgraciado, única mancha negra sobre el suelo blanco.

—Flack, Flack—seguía implorando la voz del agonizante—. No me dejes morir solo... quédate aquí, Ven, no me dejes... Flack... Flack...

Sus fuerzas se extinguían como una lucecilla moribunda.

La voz calló al fin... López había ya muerto... Flack seguía huyendo rápidamente.

Raúl Colman seguía una buena pista. En su avance por los caminos nevados encontró un cuerpo tendido en tierra.

Lo sacudió y vió que estaba sin vida.

—Bueno, López — dijo —, le aborraste un trabajo al verdugo. Pero ahora necesito a Flack, el principal culpable.

Seguía su ruta ojo avizor, con-

vencido de que el otro cómplice no podía estar muy lejos.

Flack a duras penas había descendido por una pequeña loma buscando un nuevo sendero.

Desde el camino nevado, a pocos pasos de distancia, Raúl le descubrió. No pudo reprimir un grito.

—¡Aguarda un momento, Flack! —le ordenó.

El aludido volvió la cabeza. Vió en lo alto a Raúl, su pesadilla, el hombre que era su implacable acusación.

—¡Ah, maldito!—gritó.

Púsose en rápido ademán el fusil al hombro e intentó disparar, pero Raúl, esgrimiendo instantáneamente su cuchillo, con la energía de una honda, lo lanzó contra Flack, y el acero fué a clavarse hasta la empuñadura en el pecho del criminal.

No dió ni un grito: cayó sobre la nieve, tiñéndola de rojo.

La obsesión se había cumplido... Las palabras de López habían sido proféticas:

“A veinte pasos le parte a uno el corazón”.

\* \* \*

Pasaron días, semanas... Las hachas se hundían en los árboles y levantaban hogares...

En el valle se estaba formando una ciudad nueva... Morían los ancianos y volvían a la tierra... Sobre sus tumbas, la juventud construía nuevos hogares. La conquista del Oeste había unido a la nación.

Tomás estaba cargando en una carretilla su equipaje.

—Sí, amigo—decía a otro de los colonos—, tengo ganas de ir para México. Un compañero mío, que en paz descanse, me decía que aquellas mujeres, ¡carrizo!, tienen fuego en los ojos...

Isabel, que con sus hermanos tenía ya allí su vivienda, avanzó hacia Tomás.

—¿Pero de veras se marcha usted?—le dijo tristemente.

—Sí, muchacha. Me largo para

otra parte. Ahora no les hago falta... y aquí en este valle hay demasiada civilización... En cuanto hay más de tres o cuatro familias a cien millas de mí... ya no puedo respirar bien.

—No es por eso por lo que usted se marcha, Tomás—le dijo.

—¡Claro que sí! ¿Por qué había de ser?

—Raúl no ha vuelto y usted va a buscarlo... Teme que le haya ocurrido algo. Por eso se marcha.

—Dondequiera que Colman esté, él se las arreglará bien, de eso puede usted estar segura.

Isabel hizo un gesto ambiguo y volvió a su cabaña donde estaba Rosita acariciando a una hermosa perra.

—Sultana... te quitaron los perritos, ¿eh? ¡Pobrecita!...—decía la niña.



De pronto se fijó la nena en que su hermana Isabel reaparecía luciendo un vestidito muy mono.

—¿Por qué te has puesto ese vestido, Isabel?

—Hoy es el aniversario del día que el convoy salió de Misisipi. La última vez que lo llevé puesto estaba yo en casa del señor Carson.

—En una mecedora, ¿eh?

—Sí, nena, en una mecedora.

Y cerró los ojos evocando la figura de Raúl... y el beso que él le diera.

Tomás seguía preparando su marcha. De pronto llegó a sus oídos un silbido que resonaba en el cercano bosque.

—Tomás, ¿Has oído? ¡Se me antoja que es una pantera!—dijo un amigo.

Tomás atisbó lo que sucedía a lo lejos y se echó a reír con inmenso alborozo.

—Sí, una pantera de dos patas es la única que me da esa llamada... Y esto quiere decir que podemos comenzar a descargar.

—¿No te marchas ya?

—¿Ya para qué?—dijo alegremente—. El está ahí, en el bosque, y viene para acá. Estoy seguro.

Isabel volvió a acercarse a To-

más. Tenía deseos de que no se marchara ese viejecito que era como un padre para ella.

—Tomás — le dijo bondadosamente—. ¿No quiere quedarse para el aniversario?

—¡Sí, muchacha, me quedo! ¡Pero, carrizos!—dijo acariciándola—. ¡Qué memoria la mía! ¡Ahora que me acuerda! Le tengo guardado un regalito...

—¿Qué es?—dijo ella con curiosidad.

—Un joven... llamado Raúl Colman, me lo dejó con el encargo de que se lo diera a usted si él no venía.

—¿Dónde está, Tomás? ¿Dónde?—dijo ella con los ojos relampagueantes de alegría.

El viejo señaló el bosque.

—Lo escondí en el hueco del árbol grande al final del camino. Allí lo encontrará.

—Gracias, voy a buscarlo.

Avanzó la muchacha por el sendero llegando hasta junto al inmenso árbol milenario, cuyas raíces parecían surgir del centro de la tierra y su tronco se elevaba hasta el cielo.

¿Dónde estaría el regalito? ¡Oh, con qué emoción lo iba a coger!

Pero, de repente, vió avanzar hacia ella... a un hombre... a un joven... sí... a Raúl... a Raúl...

Tomás desde lejos avizoraba la escena. No se había equivocado. El silbido que había oído antes era el de Raúl Colman.

Un escudofrío de emoción sacudió el cuerpo de la enamorada. ¡Al fin! ¡El... él...!

Raúl, que después de muchas penalidades conseguía llegar al valle,

quedó también sobrecogido al ver a Isabel, la primera persona que veía en el valle... y la más amada.

—¡Isabel...! ¡Isabel mía!

Corrió a su encuentro. Ella no pudo articular palabra... Se abrazaron, apretándose con dulce calor, sintiendo la necesidad de fundir sus vidas... Lágrimas y besos... Suspiros y murmurar de palabras tiernas... El amor vencía al fin con una promesa de inmortalidad.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbadá, 16; MADRID: Caños, 1

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

## LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Maze Nostrum.—Naná, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zuzú.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Bata Geste.—Los Vendedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Casichiana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malanara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Bon Abi.—Los Cuatro Diables.—¡Rie, payaso, rie!—Volga, Volga.—La Sinfonía Fantástica.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que te mi puchol!—Sombras idóneas.—La empa andalúza.—Los cocineros.—leuros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichasas.—Esto es el cielo.—La vanda del 98.—Espejamos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egualamo.—La Máscara del Diabolo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguita.—Posesión.—Tentación.—La peradora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceret.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Batapa.—El precio de un beso.—La espada del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellada.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Santa Géna.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De freire, marchen!—Prim.—El praidin.—Romance.—El gran marco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección,  
considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



**PRÓXIMO NÚMERO**

La sentimental novela

**La  
incorregible**

por

**Enriqueta Serrano**

y

**Tony D'Algy**

♦

Es un film PARAMOUNT  
todo hablado en español

♦

¡Ediciones Bistagne pu-  
blica siempre lo mejor  
entre lo mejor!

**Números publicados de gran éxito:**

**EL PRECIO DE UN BESO**

por José Mojica y Mona María

(6 ediciones)

**DEL MISMO BARRO**

por Mona María y Juan Torera

(6 ediciones)

**LADRÓN DE AMOR**

por José Mojica y Mona María

(2 ediciones)

**EL VALIENTE**

por Juan Torera

(2 ediciones)

**EL PRESIDIO**

por José Crespo

(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

**ROMANCE**

por Greta Garbo y Lewis Stone

**EL GRAN CHARCO**

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

**TEMPESTAD**

por John Barrymore y Camila Horn

**EL DIOS DEL MAR**

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

**ANNE CHRISTIE**

por Greta Garbo

**SEVILLA DE MIS AMORES**

por Conchita Montenegro y Ramón Novarro

Éxito indiscutible de las **Biografías** y **colección de 6 postales** de

**José Mojica**  
**Maurice Chevalier**  
**Greta Garbo**

y

**Ramón Novarro**

Numerosas fotografías • Curiosas  
anécdotas

Postal-regalo, Lujosa portada

**Precio: 50 céntimos**

y la **colección de 6 postales** de

**Juan Torena**

en otras tantas escenas de amor.  
Véelas y no dejará de adquirirlas.

**Precio: 30 céntimos**









**Precio: UNA peseta**